

La autobiografía de Benjamin Franklin

(1789)

Parte I

Twyford, en el obispo de St. Asaph's, 1771.

QUERIDO HIJO: Alguna vez he tenido el placer de obtener alguna pequeña anécdota de mis antepasados. Quizás recuerdes las indagaciones que hice entre los restos de mis relaciones cuando estuviste conmigo en Inglaterra, y el viaje que emprendí para ese propósito. Imaginando que puede ser igualmente agradable para usted conocer las circunstancias de mi vida, muchas de las cuales aún no conoce, y esperando el disfrute de una semana de ocio ininterrumpido en mi retiro actual de mi país, me siento a escribirlas para usted. A lo que tengo además de algunos otros alicientes. Habiendo emergido de la pobreza y oscuridad en la que nací y me crié, a un estado de riqueza y cierto grado de reputación en el mundo, y habiendo ido tan lejos por la vida con una proporción considerable de felicidad, los medios conductivos que hice uso, que con la bendición de Dios tan bien logró, mi a la posteridad puede gustarle saber, ya que pueden encontrar algunas de ellas adecuadas a sus propias situaciones, y por lo tanto aptas para ser imitadas.

Esa felicidad, cuando reflexioné sobre ella, me ha inducido a veces a decir, que si se ofreciera a mi elección, no debería tener ninguna objeción a una repetición de la misma vida desde sus inicios, solo pidiendo las ventajas que tienen los autores en una segunda edición para corregir algunas faltas de la primera. Entonces podría, además de corregir las fallas, cambiar algunos siniestros accidentes y eventos de la misma por otros más favorables. Pero aunque esto fue negado, aún debería aceptar la oferta. Como tal repetición no es de esperarse, lo siguiente más como volver a vivir la vida de uno parece ser un recuerdo de esa vida, y hacer ese recuerdo lo más duradero posible poniéndolo por escrito.

Por la presente, también, complaceré la inclinación tan natural en los viejos, de estar hablando de sí mismos y de sus propias acciones pasadas; y lo complaceré sin ser tedioso con los demás, quienes por respeto a la edad podrían concebirse obligados a darme una audiencia, ya que esto puede leerse o no como a cualquiera le plazca. Y, por último (también puedo confesarlo, ya que mi negación de ello no será creída por nadie), quizá complacería mucho mi propia vanidad. En efecto, escasamente escuché o vi las palabras introductorias, “Sin vanidad puedo decir”, &c., pero inmediatamente siguió algo vano. A la mayoría de la gente no le gusta la vanidad en los demás, sea cual sea la parte que tengan de ella ellos mismos; pero le doy un cuarto justo donde me reúna con ella, siendo persuadido de que muchas veces es productivo de bien al poseedor, y a otros que están dentro de su esfera de acción; y por lo tanto, en muchos casos, no sería del todo absurdo si un hombre diera gracias a Dios por su vanidad entre las demás comodidades de la vida.

Y ahora hablo de agradecer a Dios, deseo con toda humildad reconocer que le debo la mencionada felicidad de mi vida pasada a Su amable providencia, que me lleva a los medios que usé y les dio éxito. Mi creencia en esto me induce a esperar, aunque no debo presumir, que la misma bondad se seguirá ejerciendo hacia mí, en continuar esa felicidad, o permitirme llevar un revés fatal, que puedo experimentar como lo han hecho otros: la tez de mi fortuna futura siendo conocida por Él solo en cuyo poder es bendecirnos hasta nuestras aflicciones.

Las notas que uno de mis tíos (que tenía el mismo tipo de curiosidad en coleccionar anécdotas familiares) una vez puestas en mis manos, me proporcionaron varios datos relativos a nuestros antepasados. De estas notas aprendí que la familia había vivido en el mismo pueblo, Ecton, en Northamptonshire, desde hacía trescientos años, y cuanto más tiempo no sabía (quizás de la época en que el nombre de Franklin, que antes era el nombre de una orden de personas, era asumido por ellos como apellido cuando otros tomaban apellidos por todo el reino), en un dominio absoluto de unos treinta acres, ayudado por el negocio del herrero, que había continuado en la familia hasta su tiempo, siendo siempre criado el hijo mayor para ese negocio; costumbre que él y mi padre siguieron en cuanto a sus hijos mayores. Cuando busqué los registros en Ecton, encontré un relato de sus nacimientos, matrimonios y entierros del año 1555 únicamente, no habiendo registros en esa parroquia en ningún momento anterior. Por ese registro percibí que era el hijo menor del hijo menor desde hace cinco generaciones atrás. Mi abuelo Thomas, que nació en 1598, vivió en Ecton hasta que envejeció demasiado para seguir más tiempo los negocios, cuando se fue a vivir con su hijo John, tintorero en Banbury, en Oxfordshire, con quien mi padre sirvió un aprendizaje. Ahí murió mi abuelo y yace enterrado. Vimos su lápida en 1758. Su hijo mayor, Thomas, vivía en la casa de Ecton, y la dejó con la tierra a su único hijo, una hija, quien, junto a su esposo, un Fisher, de Wellingborough, la vendió al señor Isted, ahora señor de la casa solariega allí. Mi abuelo tuvo cuatro hijos que crecieron, a saber: Tomás, Juan, Benjamín y Josías. Te voy a dar lo que pueda de ellos, a esta distancia de mis papeles, y si estos no se pierden en mi ausencia, entre ellos encontrarás muchos más detalles.

Tomás fue criado herrero bajo su padre; pero, siendo ingenioso, y animado en el aprendizaje (como lo fueron todos mis hermanos) por un Esquire Palmer, entonces el caballero principal de esa parroquia, se calificó para el negocio de escribano; se convirtió en un hombre considerable en el condado; fue un principal motor de todo público- emprendimientos enérgicos para el condado o pueblo de Northampton, y su propia aldea, de la que muchas instancias estaban relacionadas de él; y muy tomado nota y condescendiente por el entonces Lord Halifax. Murió en 1702, 6 de enero, al estilo antiguo, apenas cuatro años a un día antes de que yo naciera. El relato que recibimos de su vida y carácter de algunas personas mayores en Ecton, recuerdo, te pareció algo extraordinario, desde su similitud con lo que sabías de la mía. “Si hubiera muerto el mismo día”, dijiste, “uno podría haber supuesto una transmigración”.

John fue criado como tintorero, creo en las lanas. Benjamin fue criado como un tintero de seda, sirviendo un aprendizaje en Londres. Era un hombre ingenioso. Lo recuerdo bien, porque cuando era niño se acercó a mi padre en Boston, y vivió en la casa con nosotros algunos años. Vivió a una gran edad. Su nieto, Samuel Franklin, vive ahora en Boston. Dejó atrás dos volúmenes en cuarto, MS, de poesía propia, consistentes en pequeñas piezas ocasionales dirigidas a sus amigos y parientes, de las cuales el siguiente, enviado a mí, es un ejemplar. Había formado una mano corta propia, que me enseñó, pero, nunca practicándola, ahora la he olvidado. Me llamaron así por este tío, existiendo un afecto particular entre él y mi padre. Fue muy piadoso, un gran asistente de sermones de los mejores predicadores, que derribó en su mano corta, y tuvo con él muchos volúmenes de ellos. También era mucho político; demasiado, tal vez, para su puesto. Allí cayó últimamente en mis manos, en Londres, una colección que había hecho de todos los panfletos principales, relativos a los asuntos públicos, de 1641 a 1717; muchos de los volúmenes están deseando como aparece por la numeración, pero aún quedan ocho volúmenes en folio, y veinticuatro en cuarto y en octavo. Un traficante de libros viejos se reunió con ellos, y conociéndome por mi compra a veces de él, me los trajo. Parece que mi tío debió haberlos dejado aquí, cuando se fue a América, que hacía unos cincuenta años desde entonces. Hay muchas de sus notas en los márgenes.

Esta oscura familia nuestra se encontraba al principio de la Reforma, y continuaron protestantes durante el reinado de la reina María, cuando a veces corrían peligro de problemas por su celo contra el popery. Tenían una Biblia inglesa, y para ocultarla y asegurarla, se abrochaba con cintas debajo y dentro de la cubierta de un taburete conjunto. Cuando mi tatarabuelo se lo leyó a su familia, le puso el taburete de articulación sobre sus rodillas, volteando las hojas luego debajo de las cintas. Uno de los niños se paró en la puerta para avisar si veía venir al aparador, quien era oficial de la corte espiritual. En ese caso el taburete fue vuelto a caer sobre sus pies, cuando la Biblia permaneció oculta debajo de él como antes. Esta anécdota la tuve de mi tío Benjamín. La familia continuó con toda la Iglesia de Inglaterra hasta aproximadamente el final del reinado de Carlos II, cuando algunos de los ministros que habían sido denunciados por inconformidades sosteniendo convenciones en Northamptonshire, Benjamín y Josías se adhirieron a ellos, y así continuaron toda su vida: el resto de la familia se quedó con la Iglesia Episcopal.

eir vive: el resto de la familia permaneció con la Iglesia Episcopal. Josías, mi padre, se casó joven, y llevó a su esposa con tres hijos a Nueva Inglaterra, alrededor de 1682. Habiendo sido prohibidos por la ley los conventicles, y frecuentemente perturbados, indujeron a algunos hombres considerables de su conocido a trasladarse a ese país, y se le impuso para acompañarlos allá, donde esperaban disfrutar de su modalidad de religión con libertad. Por la misma esposa tuvo cuatro hijos más nacidos ahí, y por una segunda esposa diez más, en los diecisiete; de los cuales recuerdo trece sentados a la vez en su mesa, que todos crecieron para ser hombres y mujeres, y se casaron; yo era el hijo menor, y el hijo menor pero dos, y nací en Boston, Nueva Inglaterra. Mi madre, la segunda esposa, era Abiah Folger, hija de Peter Folger, uno de los primeros pobladores de Nueva Inglaterra, de quien hace mención honorífica la hace Cotton Mather, en la historia de su iglesia de ese país, titulada Magnalia Christi Americana, como “una inglesa piadosa, aprendida”, si recuerdo bien las palabras. He escuchado que escribió varias piezas pequeñas y ocasionales, pero solo se imprimió una de ellas, que vi ahora muchos años desde entonces. Fue escrito en 1675, en el verso casero de esa época y gente, y dirigido a los entonces preocupados en el gobierno de allí. Fue a favor de la libertad de conciencia, y en nombre de los bautistas, cuáqueros, y otros sectarios que habían estado bajo persecución, atribuyendo las guerras indias, y otras aflicciones que le habían sucedido al país, a esa persecución, como tantos juicios de Dios para castigar una ofensa tan atroz, y exhortando a derogación de esas leyes incaritativas. El conjunto se me apareció como escrito con mucha sencillez decente y libertad varonil. Las seis líneas finales recuerdo, aunque me he olvidado de las dos primeras de la estrofa; pero el significado de ellas era, que sus censuras procedían de buena voluntad, y, por lo tanto, se conocería que era el autor.

“Porque ser calumniador (dice él) lo
odio con el corazón;
De la ciudad de Sherburne, donde ahora vivo
Mi nombre sí pongo aquí;
Sin ofender a tu verdadero amigo,
es Peter Folgier”.

Mis hermanos mayores fueron todos aprendices puestos a diferentes oficios. A los ocho años me pusieron a la gramática, mi padre con la intención de dedicarme, como diezmo de sus hijos, al servicio de la Iglesia. Mi temprana disposición para aprender a leer (que debió haber sido muy temprano, como no recuerdo cuando no pude leer), y la opinión de todos sus amigos, de que sin duda debería hacer un buen erudito, lo alentó en este propósito suyo. Mi tío Benjamín, también, lo aprobó, y me propuso que me diera todos sus volúmenes cortos de sermones, supongo como un stock con el que montar, si aprendiera su carácter. Yo continué, sin embargo, en la gramática-escuela no del todo un año, aunque en ese tiempo había subido poco a poco desde la mitad de la clase de ese año para ser la cabeza de la misma, y más lejos se alejó a la siguiente clase por encima de ella, para ir con eso a la tercera al final del año. Pero mi padre, mientras tanto, desde el punto de vista del gasto de una educación universitaria, que teniendo una familia tan numerosa que no podía permitirse bien, y la vida media que muchos tan educados pudieron obtener después —razones que dio a sus amigos en mi audiencia— alteró su primera intención, me sacó de la gramática-escuela, y me envió a una escuela de escritura y aritmética, conservada por un hombre entonces famoso, el señor George Brownell, muy exitoso en su profesión en general, y eso por métodos suaves, alentadores. Bajo él adquirí una escritura justa muy pronto, pero fallé en la aritmética, y no hice ningún progreso en ella. A los diez años me llevaron a casa para ayudar a mi padre en su negocio, que era el de un sebo chandler y sope-boiler; un negocio 11 para el que no fue criado, sino que había asumido a su llegada a Nueva Inglaterra, y al encontrar su oficio moribundo no mantendría a su familia, siendo en poco perdido. En consecuencia, fui empleado en cortar mecha para las velas, llenar el molde de inmersión y los moldes para velas fundidas, asistir a la tienda, hacer recados, etc.

A mí no me gustaba el comercio, y tenía una fuerte inclinación por el mar, pero mi padre se declaró en contra; sin embargo, viviendo cerca del agua, yo estaba mucho dentro y sobre ella, aprendí temprano a nadar bien, y a administrar embarcaciones; y cuando estaba en un bote o canoa con otros chicos, comúnmente se me permitía gobernar, sobre todo en cualquier caso de dificultad; y en otras ocasiones fui generalmente un líder entre los chicos, y a veces los llevaba a rasguños, de los cuales voy a mencionar una instancia, ya que muestra un espíritu público proyectado temprano, tho' no entonces conducido justamente.

Había una marisma que delimitaba parte del estanque del molino, en cuyo borde, en aguas altas, solíamos pararnos para pescar pececillos. Por mucho pisoteo, lo habíamos convertido en un mero atolladero. Mi propuesta era construir un muelle ahí apropiado para que nos paráramos, y les mostré a mis compañeros un gran montón de piedras, que estaban destinadas a una nueva casa cerca del pantano, y que muy bien se adaptarían a nuestro propósito. En consecuencia, por la noche, cuando los obreros se habían ido, reuní a varios de mis compañeros de juego, y trabajando con ellos diligentemente como tantos emmets, a veces dos o tres a una piedra, los trajimos a todos y construimos nuestro pequeño muelle. A la mañana siguiente los obreros se sorprendieron al faltar las piedras, las cuales fueron encontradas en nuestro muelle. La indagación se hizo después de los removedores; fuimos descubiertos y quejados; varios de nosotros fuimos corregidos por nuestros padres; y aunque yo supliqué la utilidad de la obra, el mío me convenció de que nada era útil lo que no era honesto.

Creo que te puede gustar saber algo de su persona y carácter. Tenía una excelente constitución corporal, era de estatura media, pero bien ambientado, y muy fuerte; era ingenioso, podía dibujar de manera bonita, era hábil un poco en la música, y tenía una voz clara y agradable, de modo que cuando tocaba melodías de salmo en su violín y cantaba withal, como a veces hacía 12 en una tarde después de la el negocio del día había terminado, fue sumamente agradable escuchar. También tenía un genio mecánico y, en ocasiones, era muy útil en el uso de otras herramientas de comerciantes; pero su gran excelencia radicaba en una sólida comprensión y un juicio sólido en materia prudencial, tanto en asuntos privados como públicos. En este último, efectivamente, nunca estuvo empleado, la numerosa familia que tuvo que educar y la estrechez de sus circunstancias manteniéndolo cerca de su oficio; pero recuerdo bien que fue visitado frecuentemente por gente líder, quienes le consultaron para su opinión en asuntos del pueblo o de la iglesia a la que pertenecía, y mostró mucho respeto por su juicio y consejo: también fue muy consultado por particulares sobre sus asuntos cuando se producía alguna dificultad, y frecuentemente escogía a un árbitro entre las partes contendientes.

En su mesa le gustaba tener, tantas veces como podía, algún amigo o vecino sensato con quien conversar, y siempre se encargó de iniciar algún tema ingenioso o útil para el discurso, que podría tender a mejorar la mente de sus hijos. Por este medio giró nuestra atención hacia lo que era bueno, justo y prudente en la conducción de la vida; y nunca se tomó poca o ninguna nota de lo relacionado con las vítuas sobre la mesa, ya fueran bien o mal vestidas, dentro o fuera de temporada, de buen o mal sabor, preferible o inferior a esta o aquella otra cosa de ese tipo, para que yo estuviera bro't up en una falta de atención tan perfecta a esos asuntos como para ser bastante indiferente qué tipo de comida se puso ante mí, y tan desobservadora de ella, que hasta el día de hoy si me preguntan apenas puedo decir unas horas después de la cena lo que cené. Esto ha sido una comodidad para mí en viajar, donde mis compañeros a veces han sido muy infelices por falta de una adecuada gratificación de sus más delicados, porque mejor instruidos, gustos y apetitos.

Mi madre también tenía una excelente constitución: amamantó a sus diez hijos. Nunca supe que ni mi padre ni mi madre tuvieran alguna enfermedad pero aquella de la que se enfermaban, él a los 89 años, y ella a los 85 años de edad. Se encuentran enterrados juntos en Boston, donde algunos años después coloqué una canica sobre su tumba, con esta inscripción:

JOSIAH FRANKLIN,
y
ABIAH su esposa,
yacen aquí enterrados.
Vivían amorosamente juntos en matrimonio cincuenta y cinco años.
Sin un patrimonio, ni ningún empleo remunerado,
Por constante trabajo e industria,
con la bendición de Dios,
Mantuvieron cómodamente a una familia numerosa,
y criaron trece hijos
y siete nietos de buena reputación.
A partir de esta instancia, lector,
Anímate a diligenciar en tu llamado,
Y desconfiar no de la Providencia.
Era un hombre piadoso y prudente;
Ella, una mujer discreta y virtuosa.
Su hijo menor,
En lo que respecta filial a su memoria,
Coloca esta piedra.
J.F. nacido en 1655, fallecido en 1744, Ætat 89.
A.F. nacido en 1667, fallecido en 1752, ———85.

Por mis divagantes digresiones me percibo envejecer. Yo nos gustaría escribir más metódicamente. Pero uno no se viste para compañía privada como para un baile de publick. Tal vez sólo sea negligencia.

Para regresar: Seguí así trabajando en el negocio de mi padre durante dos años, es decir, hasta que tenía doce años; y mi hermano John, quien fue criado para ese negocio, habiendo dejado a mi padre, casado, y establecido para sí mismo en Rhode Island, había toda apariencia que estaba destinado a abastecer su lugar, y convertirme un chandler de sebo. Pero mi aversión al comercio que continuaba, mi padre estaba bajo aprehensión de que si no encontraba uno para mí más agradable, yo debía romper y llegar al mar, como lo había hecho su hijo Josías, para su gran aflicción. Por lo tanto, a veces me llevaba a caminar con él, y ver carpinteros, albañiles, torneros, braseros, etc., en su trabajo, para que pudiera observar mi inclinación, y esforzarse por arreglarlo en algún oficio u otro en tierra. Desde entonces ha sido un placer para mí ver a buenos obreros manejando sus herramientas; y me ha sido útil, habiendo aprendido tanto con ello como poder hacer pequeños trabajos yo mismo en mi casa cuando no se podía conseguir fácilmente a un obrero, y construir pequeñas máquinas para mis experimentos, mientras que la intención de hacer el experimento fue fresco y cálido en mi mente. Mi padre por fin se fijó en el oficio de los cortadores, y Samuel, el hijo de mi tío Benjamín, quien fue criado para ese negocio en Londres, siendo por esa época establecido en Boston, me enviaron a estar con él algún tiempo en gusto. Pero sus expectativas de una cuota conmigo desagradando a mi padre, me volvieron a llevar a casa.

De niño me gustaba la lectura, y todo el poco dinero que me llegaba a las manos se ponía alguna vez en los libros. Satisfecho con el Progreso del Peregrino, mi primera colección fue de las obras de John Bunyan en pequeños volúmenes separados. Después los vendí para permitirme comprar las Colecciones Históricas de R. Burton; eran pequeños libros de chapmen, y baratos, 40 o 50 en total. La pequeña biblioteca de mi padre consistía principalmente en libros de divinidad polémica, la mayor parte de los cuales leo, y desde entonces muchas veces he lamentado que, en un momento en que tenía tanta sed de conocimiento, libros más propios no se hubieran interpuesto en mi camino ya que ahora estaba resuelto no debería ser clérigo. Vidas de Plutarco hubo en la que leí abundantemente, y sigo pensando que ese tiempo pasó con gran ventaja. También había un libro de De Foe's, llamado Ensayo sobre Proyectos, y otro del Dr. Mather, llamado Ensayos para hacer el Bien, que quizás me dio un giro de pensamiento que influyó en algunos de los principales eventos futuros de mi vida.

Esta inclinación a los libros por lo largo determinó que mi padre me hiciera impresor, aunque ya tenía un hijo (James) de esa profesión. En 1717 mi hermano James regresó de Inglaterra con prensa y cartas para establecer su negocio en Boston. A mí me gustó mucho más que la de mi padre, pero aún así tenía un anhelo por el mar. Para evitar el efecto aprehendido de tal inclinación,

mi padre estaba impaciente por tenerme atado a mi hermano. Yo destaqué algún tiempo, pero al fin me persuadieron, y firmé las contrataciones cuando aún no tenía doce años. Yo iba a servir como aprendiz hasta los veintiún años de edad, solo que me iban a permitir los salarios de oficial durante el último año. En poco tiempo hice un gran dominio en el negocio de los 15, y se convirtió en una mano útil para mi hermano. Ahora tenía acceso a mejores libros. Un conocimiento con los aprendices de libreros me permitió a veces pedir prestado uno pequeño, que tuve cuidado de regresar pronto y limpio. A menudo me sentaba en mi habitación leyendo la mayor parte de la noche, cuando el libro estaba prestado por la noche y para ser devuelto temprano en la mañana, para que no se lo faltara o se quisiera.

Y después de algún tiempo un ingenioso comerciante, el señor Matthew Adams, que tenía una bonita colección de libros, y que frecuentaba nuestra imprenta, se dio cuenta de mí, me invitó a su biblioteca, y muy amablemente me prestó libros como yo elegí leer. Ahora me gustaba la poesía, e hice algunas piezas pequeñas; mi hermano, pensando que podría dar vuelta a la cuenta, me animó y me puso a componer baladas ocasionales. Uno se llamaba La tragedia del faro, y contenía un relato del ahogamiento del capitán Worthilake, con sus dos hijas: la otra era la canción de un marinero, sobre la toma de Teach (o Barbanegra) al pirata. Eran cosas miserables, al estilo Grub Street-ballad; y cuando se imprimieron me mandó por el pueblo para venderlas. El primero se vendió maravillosamente, siendo el evento reciente, habiendo hecho un gran ruido. Esto halagó mi vanidad; pero mi padre me desanimó ridiculizando mis actuaciones, y diciéndome que los versos eran generalmente mendigos. Entonces escapé de ser poeta, muy probablemente muy malo; pero como la escritura en prosa me había sido de gran utilidad en el transcurso de mi vida, y era un medio principal de mi avance, les diré cómo, en tal situación, adquirí la poca habilidad que tengo de esa manera.

Había otro muchacho libresco en el pueblo, John Collins por su nombre, con el que estaba íntimamente conocido. A veces disputábamos, y muy encariñados fuimos de discusión, y muy deseosos de confundirnos unos a otros, cuyo giro contencioso, por cierto, es apto para convertirse en un muy mal hábito, haciendo que la gente a menudo sea extremadamente desagradable en compañía por la contradicción que es necesaria para llevarlo a la práctica; y de ahí, además acidificar y estropear la conversación, es productivo de asqueos y, quizás enemistades donde puedas tener ocasión de amistad. Lo había cogido leyendo los libros de disputa de mi padre sobre religión. Personas de buen sentido, desde entonces he observado, rara vez caen en él, excepto abogados, universitarios, y hombres de todo tipo que se han criado en Edinborough.

Una pregunta fue una vez, de alguna manera u otra, iniciada entre Collins y yo, de la conveniencia de educar al sexo femenino en el aprendizaje, y sus habilidades para el estudio. Opinó que era impropio, y que naturalmente eran desiguales a él. Tomé el lado contrario, quizá un poco por el bien de la disputa. Era naturalmente más elocuente, tenía un montón de palabras listas; y a veces, como pensaba, me aburría más por su fluidez que por la fuerza de sus razones. Como nos separamos sin resolver el punto, y no nos volvimos a ver desde hace algún tiempo, me senté a poner mis argumentos por escrito, los cuales copié justo y le envié. Él respondió, y yo le respondí. Habían pasado tres o cuatro cartas de un lado, cuando mi padre por casualidad encontró mis papeles y los leyó. Sin entrar en la discusión, aprovechó para platicarme sobre la manera de escribir; observó que, aunque tenía la ventaja de mi antagonista en la ortografía y el señalar correctos (que le aconsejo a la imprenta), me quedé muy corto en la elegancia de expresión, en el método y en la perspicacia, de los cuales me convenció por varias instancias. Vi la justicia de su comentario, y de ahí se volvió más atento a la manera de escribir, y decidido a esforzarse por mejorar.

Acerca de esta época me encontré con un volumen impar del Espectador. Fue el tercero. Nunca antes había visto ninguno de ellos. La compré, la leí una y otra vez, y quedé muy encantada con ella. Me pareció excelente la escritura, y deseé, de ser posible, imitarla. Con este punto de vista tomé algunos de los papeles, y, haciendo breves indicios del sentimiento en cada oración, los puse por unos días, y luego, sin mirar el libro, trataría de terminar de nuevo los papeles, expresando cada sentimiento insinuado extensamente, y tan plenamente como se había expresado antes, en cualquier adecuado palabras que deberían venir a la mano. Entonces comparé a mi Espectador con el original, descubrí algunas de mis faltas y las corrígí. Pero me pareció que quería un stock de palabras, o una disposición para recordarlas y usarlas, que pensé que debería haber adquirido antes de ese tiempo si hubiera seguido haciendo versos; desde la ocasión continua para palabras de la misma importación, pero de diferente longitud, para adaptarse a la medida, o de sonido diferente para la rima, me habría puesto bajo una necesidad constante de buscar variedad, y también han tendido a fijar esa variedad en mi mente, y hacerme dominar de ella. Por lo tanto, tomé algunos de los cuentos y los convertí en verso; y, después de un tiempo, cuando había olvidado bastante bien la prosa, los volví de nuevo. También a veces mezclé mis colecciones de pistas en confusión, y después de algunas semanas me esforcé por reducir las al mejor orden, antes de comenzar a formar las oraciones completas y a completar el trabajo. Esto fue para enseñarme método en la disposición de los pensamientos. Al comparar mi trabajo después con el original, descubrí muchas fallas y las modificé; pero a veces tuve el placer de imaginarme que, en ciertos detalles de poca importancia, había tenido la suerte de mejorar el método o el lenguaje, y esto me animó a pensar que posiblemente podría llegar a tiempo a ser un escritor inglés tolerable, del cual yo era sumamente ambicioso. Mi tiempo para estos ejercicios y para leer era por la noche, después del trabajo o antes de que comenzara por la mañana, o los

domingos, cuando me imaginé estar solo en la imprenta, evadiendo tanto como pudiera la asistencia común al culto público que mi padre solía precisarme cuando estaba bajo su cuidado, y que de hecho todavía pensaba que era un deber, aunque no podía, como me parecía, darme tiempo para practicarlos.

A los 16 años de edad me encontré con un libro, escrito por uno Tryon, recomendando una dieta vegetal. Decidí entrar en ello. Mi hermano, aún soltero, no se quedó en casa, sino que se abordó a sí mismo y a sus aprendices en otra familia. Mi negativa a comer carne ocasiona un incomodo, y frecuentemente fui chido por mi singularidad. Me familiaricé con la manera en que Tryon preparaba algunos de sus platillos, como hervir papas o arroz, hacer pudín apresurado, y algunos otros, y luego le propuse a mi hermano, que si me daba, semanalmente, la mitad del dinero que pagaba por mi tabla, me embarcaría yo mismo. Al instante accedió a ello, y actualmente descubrí que podía ahorrar la mitad de lo que me pagaba. Este fue un fondo adicional para la compra de libros. Pero tenía otra ventaja en ello. Mi hermano y el resto yendo de la imprenta a sus comidas, me quedé allí solo, y, despachando actualmente mi repast ligero, que muchas veces no era más que un bisket o una rebanada de pan, un puñado de pasas o una tarta de los pasteleros, y un vaso de agua, tenían el resto del tiempo hasta su regreso para el estudio, en el que hice el mayor avance, a partir de esa mayor claridad de cabeza y aprehensión más rápida que suelen atender la templanza en comer y beber.

Y ahora era que, siendo en alguna ocasión hecho asham'd de mi ignorancia en cifras, que había fracasado dos veces en aprender cuando estaba en la escuela, tomé el libro de Cocker de Arithmetick, y pasé por el todo por mí mismo con gran facilidad. También leí los libros de Navegación de Seller y Shermy, y me familiaricé con la poca geometría que contienen; pero nunca llegué lejos en esa ciencia. Y leí sobre esta época Locke On Human Understanding, and the Art of Thinking, de los Sres. du Port Royal.

Si bien tenía la intención de mejorar mi idioma, me encontré con una gramática inglesa (creo que fue la de Greenwood), al final de la cual hubo dos pequeños bocetos de las artes de la retórica y la lógica, este último terminando con un ejemplar de una disputa en el método socrático; y poco después adquirí Memorable de Xenophon Cosas de Sócrates, en donde hay muchas instancias del mismo método. Estaba encantada con ella, la adopté, dejaba caer mi abrupta contradicción y argumentación positiva, y me puse al humilde inquiridor y dudoso. Y siendo entonces, de leer a Shaftesbury y Collins, convertirse en un verdadero dudoso en muchos puntos de nuestra doctrina religiosa, encontré este método más seguro para mí y muy vergonzoso para quienes lo usé; por lo tanto, me deleité con él, lo practiqué continuamente, y crecí muy ingenioso y experto en dibujo personas, incluso de conocimiento superior, en concesiones, cuyas consecuencias no preveían, enredarlas en dificultades de las que no podían librarse, y así obtener victorias que ni yo ni mi causa siempre merecían. Continué este método algunos años, pero poco a poco lo dejé, conservando solo el hábito de expresarme en términos de modesta difidencia; nunca usando, cuando adelanté algo que posiblemente pueda ser disputado, las palabras ciertamente, indudablemente, o cualesquiera otras que le den el aire de positividad a una opinión; pero más bien decir, concibo o aprehendo una cosa para que sea tal y tal; me parece, o debería pensarlo así o así, por tal y tal razones; o me imagino que es así; o es así, si no me equivoco. Este hábito, creo, me ha sido de gran ventaja cuando he tenido ocasión de inculcar mis opiniones, y persuadir a los hombres de medidas que de vez en cuando he estado involucrada en promover; y, como los principales fines de conversación son informar o ser informados, complacer o persuadir, deseo bien intencionado, los hombres sensatos no disminuirían su poder de hacer el bien por una manera positiva, asumida, que rara vez deja de disgustar, tiende a crear oposición, y a derrotar a cada uno de esos propósitos para los que nos fue dado el discurso, a saber, dar o recibir información o placer. Porque, si informaras, una manera positiva y dogmática en el avance de tus sentimientos puede provocar contradicción y evitar una atención sincera. Si deseas información y mejora a partir del conocimiento de los demás, y sin embargo, al mismo tiempo expresarte como firmemente arreglado en tus opiniones actuales, hombres modestos, sensatos, que no aman la disputa, probablemente te dejarán tranquilo en posesión de tu error. Y de tal manera, rara vez puedes esperar recomendarte para complacer a tus oyentes, o persuadir a aquellos cuya concurrencia deseas. Papa dice, juiciosamente:

“A los hombres se les debe enseñar como si no les enseñaras,
Y las cosas desconocidas propos como las cosas se olvidaron;”

más lejos recomendándonos

“Para hablar, tho' seguro, con aparentes dudas”.

Y podría haber acoplado con esta línea la que ha acoplado con otra, creo, menos propiamente,

“Porque falta de modestia es falta de sentido”.

Si preguntas, ¿por qué menos adecuadamente? Debo repetir las líneas,

“Palabras inmodestas no admiten defensa,
Por falta de modestia es falta de sentido”.

Ahora bien, ¿no es falta de sentido (donde un hombre es tan desafortunado como quererlo) alguna disculpa por su falta de modestia? y ¿no quedarían así las líneas más justas?

“Las palabras inmodestas admiten pero esta defensa,
Esa falta de modestia es falta de sentido”.

Esto, sin embargo, debo someterme a mejores juicios.

Mi hermano había comenzado, en 1720 o 1721, a imprimir un periódico. Fue el segundo que apareció en América, y se llamó el *New England Courant*. El único antes era el *Boston News-Letter*. Recuerdo que fue disuadido por algunos de sus amigos de la empresa, ya que no es probable que tenga éxito, siendo un periódico, a su juicio, suficiente para América. En este momento (1771) no hay menos de cinco-veinte. Continuó, sin embargo, con el emprendimiento, y después de haber trabajado en componer los tipos e imprimir las hojas, fui empleado para llevar los papeles por las calles a los clientes.

Tenía entre sus amigos unos hombres ingeniosos, que se amusaban a sí mismos escribiendo pequeñas piezas para este papel, que le ganaban crédito y lo hacían más demandado, y estos señores a menudo nos visitaban. Al escuchar sus conversaciones, y sus relatos de la aprobación con la que se recibieron sus papeles, me emocionó probar suerte entre ellos; pero, siendo todavía un niño, y sospechando que mi hermano se opondría a imprimir cualquier cosa mía en su papel si sabía que era mía, me ideé disfrazar mi mano, y, escribiendo un papel anónimo, lo metí por la noche debajo de la puerta de la imprenta. Se encontró por la mañana, y se comunicó a sus amigos que escribían cuando llamaban como de costumbre. Lo leyeron, lo comentaron en mi audiencia, y tuve el exquisito placer de encontrarla reunida con su aprobación, y que, en sus diferentes conjeturas al autor, ninguna fue nombrada sino hombres de algún carácter entre nosotros por aprendizaje e ingenio. Supongo ahora que tuve bastante suerte en mis jueces, y que quizás no eran realmente tan buenos como entonces los estimo.

Animado, sin embargo, con esto, escribí y transmitía de la misma manera a la prensa varios papeles más que fueron igualmente aprobados; y guardé mi secreto hasta que mi pequeño fondo de sentido para tales actuaciones se agotó bastante y luego lo descubrí, cuando comencé a ser considerado un poco más por el de mi hermano conocido, y de una manera que no le agradó del todo, ya que pensó, probablemente con razón, que tendía a hacerme demasiado vano. Y, quizás, esta podría ser una ocasión de las diferencias que empezamos a tener sobre esta época. Aunque un hermano, se consideraba a sí mismo como mi amo, y a mí como su aprendiz, y en consecuencia, esperaba de mí los mismos servicios que él de otro, mientras pensé que me degradaba demasiado en algunos que requirió de mí, que de un hermano esperaba más indulgencia. Nuestras disputas a menudo se llevaban ante nuestro padre, y me imagino que generalmente estaba en lo correcto, o bien un mejor declarante, porque el juicio generalmente estaba a mi favor. Pero mi hermano era un apasionado, y muchas veces me había golpeado, lo cual me llevaba muy mal; y, pensando que mi aprendizaje era muy tedioso, deseaba continuamente alguna oportunidad de acortarlo, lo que por mucho tiempo ofrecía de una manera inesperada.

Una de las piezas de nuestro periódico sobre algún punto político, que ahora me he olvidado, ofendió a la Asamblea. Fue retomado, censurado, y encarcelado por un mes, por orden del orador, supongo, porque no descubriría a su autor. Yo también fui retomado y examinado ante el consejo; pero, aunque no les di ninguna satisfacción, se contentaron con amonestarme, y me despidieron, considerándome, quizás, como aprendiz, que estaba obligado a guardar los secretos de su amo.

Durante el encierro de mi hermano, que me resentí mucho, a pesar de nuestras diferencias privadas, tuve la gestión del papel; e hice audaz darle a nuestros gobernantes algunos roces en él, que mi hermano tomó muy amablemente, mientras que otros comenzaron a considerarme bajo una luz desfavorable, como un joven genio que tenía un a su vez por difamación y sátiro. La baja de mi hermano fue acompañada de una orden de la Cámara (una muy extraña), que “James Franklin ya no debería imprimir el periódico llamado *New England Courant*”.

Hubo una consulta realizada en nuestra imprenta entre sus amigos, qué debe hacer en este caso. Algunos propusieron evadir el orden cambiando el nombre del papel; pero mi hermano, viendo inconvenientes en eso, finalmente se concluyó como una mejor manera, dejar que se imprima para el futuro bajo el nombre de BENJAMIN FRANKLIN; y evitar la censura de la Asamblea, que pudiera recaer sobre él como todavía imprimiéndola por su aprendiz, la artimaña era que mi antiguo contrato me devolviera, con una descarga completa al dorso del mismo, para mostrarse en ocasiones, pero para asegurarle el beneficio de mi servicio, debía firmar nuevas contrataciones para lo que resta del término, las cuales debían mantenerse privadas. Fue un esquema muy endeble; sin embargo, se ejecutó de inmediato, y el periódico continuó en consecuencia, a mi nombre durante varios meses.

Al fondo, surgiendo una nueva diferencia entre mi hermano y yo, me encargué de hacer valer mi libertad, presumiendo que no se aventuraría a producir las nuevas contrataciones. No fue justo en mí aprovechar esta ventaja, y esto, por lo tanto, considero una de las primeras erratas de mi vida; pero la injuria de ella pesaba poco conmigo, cuando bajo las impresiones de resentimiento por los

golpes su pasión demasiado a menudo lo exhortaba a otorgarme, aunque de otra manera no era un hombre malafable: tal vez estaba demasiado picante y provocadora.

Cuando descubrió que lo dejaría, se encargó de evitar que consiguiera empleo en cualquier otra imprenta del pueblo, dando vueltas y hablando con cada maestro, quien en consecuencia se niega a darme trabajo. Entonces pensé en ir a Nueva York, como el lugar más cercano donde había una imprenta; y estaba más bien inclinado a irme de Boston cuando reflexioné que ya me había vuelto un poco desagradable con el partido de gobierno, y, de los arbitrarios procedimientos de la Asamblea en el caso de mi hermano, era probable que pudiera, si me quedo, pronto me meteré en rasguños; y más lejos, que mis indiscretas disputaciones sobre la religión comenzaran a hacerme señalar con horror por la gente buena como infiel o ateo. Determiné sobre el punto, pero mi padre ahora poniéndose del lado de mi hermano, era sensato que, si intentaba ir abiertamente, se usarían medios para prevenirme. Mi amigo Collins, por lo tanto, se comprometió a manejar un poco por mí. Estuvo de acuerdo con el capitán de una balandro neoyorquina para mi paso, bajo la noción de que yo era un joven conocido suyo, que había conseguido una niña traviesa con hijo, cuyos amigos me obligarían a casarme con ella, y por lo tanto no podía aparecer ni salir públicamente. Entonces vendí algunos de mis libros para recaudar un poco de dinero, me llevaban a bordo en privado, y como teníamos viento justo, en tres días me encontré en Nueva York, cerca de 300 millas de casa, un chico de tan solo 17 años, sin la menor recomendación a, ni conocimiento de ninguna persona en el lugar, y con muy poco dinero en el bolsillo.

Mis inclinaciones por el mar ya estaban agotadas, o ahora podría haberlas satisfecho. Pero, teniendo un oficio, y suponiendo que soy un obrero bastante bueno, ofrezco mi servicio al impresor del lugar, al viejo señor William Bradford, que había sido el primer impresor en Pensilvania, pero retirado de allí tras la pelea de George Keith. Podría no darme empleo, tener poco que hacer, y ayudar ya lo suficiente; pero dice: “Mi hijo en Filadelfia ha perdido últimamente su mano principal, Aquila Rose, por la muerte; si vas allá, creo que te puede emplear”. Filadelfia estaba cien millas más lejos; salí, sin embargo, en un bote para Amboy, dejando mi pecho y cosas para que me siguieran por mar.

Al cruzar la bahía, nos encontramos con una chubasca que rompió nuestras podridas velas en pedazos, impidió que entráramos en el Matar y nos condujo sobre Long Island. A nuestro camino, un holandés borracho, que también era pasajero, se cayó por la borda; cuando se estaba hundiendo, alcancé por el agua a su paté de choque, y lo dibujé, para que lo volváramos a meter. Su agacharse lo dejó un poco sobrio, y se fue a dormir, sacando primero de su bolsillo un libro, que deseó que le secara. Demostró ser mi antiguo autor favorito, El Progreso del Peregrino de Bunyan, en holandés, finamente impreso en buen papel, con cortes de cobre, un vestido mejor de lo que jamás había visto usar en su propio idioma. Desde entonces he encontrado que ha sido traducido a la mayoría de las lenguas de Europa, y supongamos que se ha leído de manera más general que cualquier otro libro, excepto quizás la Biblia. Honesto John fue el primero que conozco que mezcla narración y diálogo; un método de escritura muy atractivo para el lector, que en las partes más interesantes se encuentra, por así decirlo, traído a la compañía y presente en el discurso. De Foe en su Cruso, su Moll Flandes, Cortejo Religioso, Instructor Familiar, y otras piezas, lo ha imitado con éxito; y Richardson ha hecho lo mismo en su Pamela, etc.

Cuando nos acercamos a la isla, encontramos que era en un lugar donde no podía haber aterrizaje, existiendo un gran surff en la playa pedregosa. Entonces echamos ancla, y giramos alrededor hacia la orilla. Algunas personas bajaban a la orilla del agua y nos glorificaban, como nosotros lo hicimos con ellos; pero el viento era tan alto, y el surff tan fuerte, que no podíamos oír para entendernos. Había canoas en la orilla, e hicimos señales, y santificábamos que nos trajeran; pero o no nos entendían, o lo pensaban impracticable, así que se fueron, y entrando la noche, no teníamos remedio que esperar a que el viento disminuyera; y, mientras tanto, el barquero y yo concluimos dormir, si pudiéramos; y tan abarrotados en el escudero, con el holandés, que todavía estaba mojado, y el spray que golpeaba sobre la cabeza de nuestra embarcación, nos goteaba, de manera que pronto estuvimos casi tan mojados como él. De esta manera nos acostamos toda la noche, con muy poco descanso; pero, el viento disminuyendo al día siguiente, hicimos un turno para llegar a Amboy antes de la noche, habiendo estado treinta horas en el agua, sin víveres, o cualquier bebida que no fuera una botella de ron asqueroso, y el agua que navegamos sobre ser sal.

Por la noche me encontraba muy febril, y me fui a la cama; pero, habiendo leído en alguna parte que el agua fría bebida abundantemente fue buena para la fiebre, seguí la prescripción, sudo abundante la mayor parte de la noche, mi fiebre me dejó, y por la mañana, cruzando el ferry, procedí a mi viaje a pie, teniendo cincuenta millas hasta Burlington, donde me dijeron que debía encontrar barcos que me llevaran el resto del camino a Filadelfia.

Llovió muy fuerte todo el día; estaba completamente empapado, y al mediodía un buen trato cansado; así que me detuve en una posada pobre, donde me quedé toda la noche, comenzando ahora a desear que nunca me hubiera ido de casa. Corté una cifra tan miserable, también, que encontré, por las preguntas que me hacían, se sospechaba que era un sirviente fugitivo, y en peligro de ser asumido por esa sospecha. No obstante, procedí al día siguiente, y llegué por la noche a una posada, a menos de ocho o diez millas

de Burlington, mantenida por un doctor Brown. Entró en conversación conmigo mientras tomaba un refrigerio, y, al encontrar que había leído un poco, se volvió muy sociable y amable. Nuestro conocido continuaba siempre y cuando vivió. Había sido, imagino, un médico itinerante, pues no había ningún pueblo en Inglaterra, ni país de Europa, del que no pudiera dar una cuenta muy particular. Tenía algunas cartas, y era ingenioso, pero gran parte de un incrédulo, y perversamente se comprometió, algunos años después, a travestiar la Biblia en verso doggrel, como Cotton había hecho Virgilio. Por este medio puso muchos de los hechos bajo una luz muy ridícula, y podría haber lastimado mentes débiles si su obra hubiera sido publicada; pero nunca lo fue.

En su casa me acosté esa noche, y a la mañana siguiente llegaba a Burlington, pero tenía la mortificación para encontrar que los barcos regulares se habían ido un poco antes de mi llegada, y ningún otro esperaba ir antes del martes, siendo este sábado; por lo que regresé con una anciana del pueblo, de la que había comprado pan de jengibre para comer en el agua, y pedirle consejo. Ella me invitó a alojarme en su casa hasta que me ofreciera un pasaje por el agua; y estando cansada con mi pie viajando, acepté la invitación. Ella entendiendo que yo era impresor, me hubiera hecho quedarme en ese pueblo y seguir mi negocio, siendo ignorante del stock necesario para empezar. Ella fue muy hospitalaria, me dio una cena de mejilla de buey con gran buena voluntad, aceptando solo una olla de ale a cambio; y pensé que me arreglé hasta que llegara el martes. No obstante, caminando por la tarde a la orilla del río, pasó una lancha, que encontré que iba hacia Filadelfia, con varias personas en ella. Me acogieron y, como no había viento, remaríamos todo el camino; y alrededor de la medianoche, al no haber visto aún la ciudad, algunos de la compañía confiaban en que debimos haberla pasado, y no remaríamos más lejos; los demás no sabían dónde estábamos; así que nos pusimos hacia la orilla, nos metimos en un arroyo, aterrizamos cerca de una vieja barda, con los rieles de los cuales hicimos fuego, la noche siendo fría, en octubre, y ahí nos quedamos hasta la luz del día. Entonces uno de la compañía sabía que el lugar era Cooper's Creek, un poco por encima de Filadelfia, que vimos tan pronto como salimos del arroyo, y llegamos allí alrededor de las ocho o nueve de la mañana del domingo, y aterrizó en el muelle de Market-street.

Yo he sido el más particular en esta descripción de mi viaje, y seré así de mi primera entrada a esa ciudad, para que en su mente pueda comparar tan improbables comienzos con la figura que desde entonces he hecho allí. Yo estaba en mi vestido de trabajo, siendo mis mejores paños venir por mar. Estaba sucio de mi viaje; mis bolsillos estaban cosas con camisas y medias, y no sabía alma ni dónde buscar hospedaje. Estaba fatigado de viajar, remar, y falta de descanso, tenía mucha hambre; y todo mi stock de efectivo consistía en un dólar holandés, y alrededor de un chelín en cobre. Este último le di para mi paso a la gente de la barca, que en un principio la refutaba, por mi remo; pero insistí en que se la llevaran. Un hombre siendo a veces más generoso cuando tiene pero un poco de dinero que cuando tiene mucho, tal vez thro' miedo a que se piense que tiene pero poco.

Entonces caminé por la calle, mirando alrededor hasta cerca de la casa del mercado conocí a un chico con pan. Yo había hecho muchas comidas sobre pan, y, preguntando de dónde la sacó, fui inmediatamente a la panadería a la que me dirigió, en Second Street, y pidió bisket, con la intención como la que teníamos en Boston; pero ellos, al parecer, no fueron hechos en Filadelfia. Entonces pedí un pan de tres peniques, y me dijeron que no tenían tal. Entonces, al no considerar ni conocer la diferencia de dinero, y la mayor baratura ni los nombres de su pan, le hice darme tres peniques de cualquier tipo. Me dio, en consecuencia, tres grandes rollos hinchados. Me sorprendió la cantidad, pero la tomé, y, al no tener espacio en mis bolsillos, salí con un rollo debajo de cada brazo, y comirme el otro. Así subí Market-street hasta Fourth-street, pasando por la puerta del señor Read, el padre de mi futura esposa; cuando ella, parada en la puerta, me vio, y pensó que hice, como ciertamente hice, una apariencia muy incómoda, ridícula. Entonces me volteé y bajé Chestnut-street y parte de Walnut-street, comiéndome mi rollo todo el camino, y, dando vueltas, me encontré de nuevo en el muelle de Market-street, cerca de la barca en la que entré, a la que fui por un calado del agua del río; y, al estar lleno de uno de mis rollos, le di los otros dos a una mujer y a ella niño que bajaba del río en la barca con nosotros, y estaban esperando para ir más lejos.

Así refrescado, volví a caminar por la calle, que para entonces tenía en ella a mucha gente vestida limpia, que todos caminaban de la misma manera. Me uní a ellos, y con ello fui conducido a la gran casa de reuniones de los cuáqueros cerca del mercado. Me senté entre ellos, y, después de mirar un rato y no escuchar nada dicho, estando muy somnoliento thro' labor de parto y falta de descanso la noche anterior, me quedé profundamente dormido, y continué así hasta que se rompió la reunión, cuando uno tuvo la amabilidad de despertarme. Esta fue, por lo tanto, la primera casa en la que estuve, o en la que dormí, en Filadelfia.

Caminando de nuevo hacia el río, y, mirando a las caras de la gente, conocí a un joven cuáquero, cuyo semblante me gustaba, y, acosándolo, le pidió que me dijera dónde podría conseguir hospedaje un extraño. Estábamos entonces cerca de la señal de los Tres Marineros. “Aquí —dice él— es un lugar que entretiene a extraños, pero no es una casa de buena reputación; si te marchas conmigo, te mostraré una mejor”. Me llevó al Torcido Billet en Water-street. Aquí me dieron una cena; y, mientras la comía, me hicieron varias preguntas astutas, ya que parecía sospechase desde mi juventud y apariencia, que podría ser algún fugitivo.

Después de la cena, mi somnolencia volvió, y al ser mostrada en una cama, me acosté sin desvestirme, y dormí hasta las seis de la tarde, me llamaron a cenar, me fui a la cama de nuevo muy temprano y dormí profundamente hasta la mañana siguiente. Entonces me puse lo más ordenado que pude, y fui a ver a Andrew Bradford la imprenta. Encontré en la tienda al anciano su padre, a quien había visto en Nueva York, y que, viajando a caballo, había llegado a Filadelfia antes que yo. Me presentó a su hijo, quien me recibió civilmente, me dio un desayuno, pero me dijo que en este momento no quería una mano, siendo últimamente suplido con una; pero había otra imprenta en la ciudad, últimamente instalada, una Keimer, quien, tal vez, podría emplearme; si no, debería ser bienvenido a alojarme en su casa, y él lo haría dame un poco de trabajo que hacer de vez en cuando hasta que el negocio más completo debería ofrecer.

El viejo señor dijo que iría conmigo a la nueva imprenta; y cuando lo encontramos, “Vecino”, dice Bradford, “he traído a verte a un joven de tu negocio; tal vez quizás quieras uno así”. Me hizo algunas preguntas, me puso un palo de composición en la mano para ver cómo trabajaba, y luego dijo que pronto me contrataría, aunque en ese momento no tenía nada que hacer; y, tomando al viejo Bradford, a quien nunca había visto antes, para que fuera una de las personas del pueblo que tenía buena voluntad para él, entraba en una conversación sobre su empresa actual y sus perspectivas; mientras Bradford, al no descubrir que era el padre del otro impresor, en el dicho de Keimer que esperaba pronto obtener la mayor parte del negocio en sus propias manos, lo atrajo por preguntas ingeniosas, y comenzando pequeñas dudas, para explicar todos sus puntos de vista, lo que interesa se reli había encendido, y de qué manera pretendía proceder. Yo, que me quedé de pie y escuché todo, vi de inmediato que uno de ellos era un viejo sofista astuto, y el otro un mero novato. Bradford me dejó con Keimer, quien se quedó muy sorprendida cuando le dije quién era el viejo.

La imprenta de Keimer, encontré, consistía en una vieja prensa shatter'd, y una pequeña y gastada fuente de inglés que entonces estaba usando él mismo, componiendo una Elegía sobre Aquila Rose, antes mencionada, un joven ingenioso, de excelente carácter, muy respetado en el pueblo, empleado de la Asamblea, y un bonito poeta. Keimer hizo versos también, pero con mucha indiferencia. No se podía decir que los escribiera, pues su manera era componerlos en los tipos directamente fuera de su cabeza. Entonces no habiendo copia, sino un par de casos, y la Elegía probablemente requiera toda la carta, nadie pudo ayudarle. Me esforcé por poner su prensa (que aún no nos había hecho, y de la que no entendía nada) en orden apta para ser trabajada; y, prometiendo venir e imprimir su Elegía tan pronto como debiera tenerla lista, vuelvo a Bradford's, quien me dio un pequeño trabajo que hacer por el presente, y ahí me alojé y a dieta. Unos días después, Keimer me envió a imprimir la Elegía. Y ahora tenía otro par de casos, y un panfleto para reimprimir, en el que me puso a trabajar.

Estas dos impresoras me parecieron mal calificadas para su negocio. Bradford no había sido criado para ello, y era muy analfabeto; y Keimer, tho' algo así como un erudito, era un mero compositor, sin saber nada de prensa. Había sido uno de los profetas franceses, y podía actuar sus entusiastas agitaciones. En este momento no profesaba ninguna religión en particular, sino algo de todas en ocasiones; era muy ignorante del mundo, y tenía, como después encontré, una buena parte de la puñalada en su composición. No le gustó mi hospedaje en Bradford's mientras yo trabajaba con él. Tenía una casa, efectivamente, pero sin muebles, así que no pudo alojarme; pero me consiguió un hospedaje en el señor Read's, antes mencionado, quien era el dueño de su casa; y, al estar llegando mi pecho y ropa en esta ocasión, hice una apariencia más respetable a los ojos de Miss Read que la que había hecho cuando ella primero pasaría a verme comiendo mi rollo en la calle.

Empecé ahora a tener algún conocimiento entre los jóvenes del pueblo, que eran amantes de la lectura, con los que pasé mis tardes muy gratamente; y ganando dinero por mi industria y frugalidad, viví muy amablemente, olvidando Boston tanto como pude, y no deseando que ninguno de ellos supiera donde yo residí, excepto mi amigo Collins, quien estaba en mi secreto, y lo guardó cuando le escribí. Al fondo, ocurrió un incidente que me envió de regreso mucho antes de lo que pretendía. Tenía un cuñado, Robert Holmes, maestro de una balandras que comerciaba entre Boston y Delaware. Estando en Newcastle, cuarenta millas por debajo de Filadelfia, escuchó allí de mí, y me escribió una carta mencionando la preocupación de mis amigos en Boston por mi abrupta salida, asegurándome de su buena voluntad hacia mí, y que todo se acomodaría a mi mente si volvía, a lo que me exhortó muy fervientemente. Escribí una respuesta a su carta, le agradecí su consejo, pero expuse mis razones para dejar Boston por completo y con tal luz como para convencerlo de que no estaba tan equivocado como él había aprehendido.

Sir William Keith, gobernador de la provincia, estaba entonces en Newcastle, y el capitán Holmes, pasando a estar en compañía de él cuando mi carta llegó a la mano, le habló de mí, y le mostró la carta. El gobernador lo leyó, y parece que le sorprendería cuando le dijeron mi edad. Dijo que aparezo un joven de partes prometedoras, y por lo tanto debería animarse; las imprentas en Filadelfia eran miserables; y, si me instalaba ahí, no dudaba de que debía triunfar; por su parte, me procuraría el negocio público, y me haría todos los demás servicios que estuviera en su poder. Esto me lo dijo mi cuñado después en Boston, pero todavía no sabía nada de

eso; cuando, un día, Keimer y yo trabajando juntos cerca de la ventana, vimos al gobernador y a otro caballero (que resultó ser el coronel French, de Newcastle), finamente vestidos, cruzaron directamente la calle a nuestra casa, y los oí en la puerta.

Keimer corrió de inmediato, pensando que era una visita a él; pero el gobernador indagó por mí, se acercó, y con una condescendencia de cortesía había sido bastante inus, me hizo muchos cumplidos, deseaba conocerme, blam amablemente por no haberme dado a conocer a él cuando llegué por primera vez al lugar, y me llevaría con él a la taberna, donde iba con el coronel francés a probar, como decía, unos excelentes Madeira. No me sorprendió un poco, y Keimer Star quisiera un cerdo envenenado. Fui, sin embargo, con el gobernador y el coronel French a una taberna, en la esquina de la tercera calle, y sobre la Madeira me propuso que instalara mi negocio, me puso las probabilidades de éxito, y tanto él como el coronel francés me asur Debería tener su interés e influencia en procurar los negocios públicos de ambos gobiernos. Sobre mi duda de si mi padre me ayudaría en ello, Sir William dijo que me daría una carta a él, en la que señalaría las ventajas, y no dudó de prevalecer con él. Entonces se concluyó que debía regresar a Boston en la primera embarcación, con la carta del gobernador recomendándome a mi padre. Mientras tanto la intención era que se mantuviera en secreto, y seguí trabajando con Keimer como de costumbre, el gobernador mandando por mí de vez en cuando a cenar con él, un honor muy grande lo pensé, y conversando conmigo de la manera más afable, familiar y amistosa imaginable.

Hacia finales de abril de 1724, una pequeña oferta de barco para Boston. Me despedí de Keimer como ir a ver a mis amigos. El gobernador me dio una amplia carta, diciéndole muchas cosas halagadoras de mi parte a mi padre, y recomendando enérgicamente el proyecto de mi instalación en Filadelfia como algo que debe hacer mi fortuna. Golpeamos a un bajío al bajar por la bahía, y lanzamos una fuga; tuvimos un tiempo de golpeteo en el mar, y nos obligaron a bombear casi continuamente, en lo que tomé mi turno. Llegamos seguros, sin embargo, a Boston en aproximadamente quince días. Había estado ausente siete meses, y mis amigos no habían escuchado nada de mí; para mi br. Holmes aún no estaba regresado, y no había escrito sobre mí. Mi inesperada aparición sorprendió a la familia; todos estaban, sin embargo, muy contentos de verme, y me hicieron recibir, excepto mi hermano. Fui a verlo a su imprenta. Estaba mejor vestida que nunca mientras estaba a su servicio, teniendo un traje nuevo y elegante de pies a cabeza, un reloj, y mis bolsillos lin'd con cerca de cinco libras esterlinadas en plata. No me recibió con mucha franqueza, mírame por todas partes, y volviere de nuevo a su trabajo.

Los oficiales eran curiosos dónde había estado, qué clase de país era y cómo me gustaba. Yo lo prais mucho, la vida feliz que llevé en ella, expresando fuertemente mi intención de volver a ella; y, uno de ellos preguntando qué tipo de dinero teníamos ahí, produc un puñado de plata, y la esparcí ante ellos, que era una especie de espectáculo raro en el que no habían estado nosotros, siendo el papel el dinero de Boston. Entonces aproveché para dejarles ver mi reloj; y, por último (mi hermano todavía gruñón y hoscado), les di un trozo de ocho para beber, y me despedí. Esta visita mía lo ofendió de manera extrema; pues, cuando mi madre algún tiempo después le habló de una reconciliación, y de sus deseos de vernos juntos en buenos términos, y que pudiéramos vivir para el futuro como hermanos, dijo que lo había insultado de tal manera ante su gente que nunca podría olvidar ni perdonarlo. En esto, sin embargo, se equivocó.

Mi padre recibió la carta del gobernador con alguna aparente sorpresa, pero me dijo poco de ella desde hace algunos días, cuando el capitán Holmes regresando se la mostró, le preguntó si conocía a Keith, y qué tipo de hombre era; agregando su opinión de que debe ser de poca discreción para pensar en poner a un chico en los negocios que quería todavía tres años de estar en la finca del hombre. Holmes dijo lo que pudo a favor del proyecto, pero mi padre fue claro en la incorrección del mismo, y por fin le dio una negación plana. Entonces escribió una carta civil a Sir William, agradeciéndole el mecenazgo que tan amablemente me había ofrecido, pero negándose a asistirme todavía en la creación, siendo, en su opinión, demasiado joven para que me confiara la gestión de un negocio tan importante, y para el cual la preparación debe ser tan cara.

Mi amigo y compañero Collins, quien era empleado en la oficina de correos, suplicó con la cuenta que le di de mi nuevo país, decidido a ir allí también; y, mientras esperaba la determinación de mi padre, partió ante mí por tierra a Rhode Island, dejando sus libros, que eran una bonita colección de matemáticos y filosofía natural, para venir con los míos y yo a Nueva York, donde propone esperarme.

Mi padre, cuyo' no aprobaba la proposición de Sir William, estaba aún suplicado que hubiera podido obtener un personaje tan ventajoso de una persona de tal nota donde había residido, y que había sido tan laborioso y cuidadoso como para equiparme tan generosamente en tan poco tiempo; por lo tanto, no viendo ninguna perspectiva de un acomodo entre mi hermano y yo, dio su consentimiento para que volviera a Filadelfia, me aconsejaba comportarme respetuosamente con la gente de ahí, procurar obtener la estima general, y evitar lampoonar y calumniar, a lo que pensó que tenía demasiada inclinación; diciéndome, eso por constante industria y una parsimonia prudente podría ahorrar lo suficiente para cuando tenía uno y veinte años para tenderme una trampa; y que, si me acercaba al asunto, él me ayudaría con el resto. Esto era todo lo que pude obtener, excepto algunos pequeños obsequios

como muestras de su amor y el de mi madre, cuando me embarco de nuevo hacia Nueva York, ahora con su aprobación y su bendición.

El balandro metiendo en Newport, Rhode Island, visité a mi hermano John, quien había estado casado y se había establecido allí algunos años. Me recibió muy cariñosamente, pues siempre me amó. Un amigo suyo, un Vernon, que tenía algo de dinero debido a él en Pensilvania, alrededor de treinta y cinco libras de moneda, deseaba que lo recibiera por él, y lo guardara hasta que tuviera sus indicaciones en qué remitirlo. En consecuencia, me dio una orden. Esta ocasión posterior me dio mucha inquietud.

En Newport recibimos a una serie de pasajeros para Nueva York, entre los que se encontraban dos jovencitas, compañeras, y una mujer cuáquera grave, sensata, parecida a una matrona, con sus asistentes. Yo había mostrado una disposición complaciente para hacerle algunos pequeños servicios, que la impresionaron supongo con cierto grado de buena voluntad hacia mí; por lo tanto, cuando vio una familiaridad cada vez mayor entre yo y las dos jovencitas, que parecen alentar, ella me llevó a un lado, y dijo: “Joven, estoy preocupado para ti, como tú no tienes amigo contigo, y parece no conocer mucho del mundo, o de los lazos que se expone a la juventud; depende de ello, esas son mujeres muy malas; lo puedo ver en todas sus acciones; y si no estás en tu guardia, te atraerán a algún peligro; son extraños para ti, y te aconsejo a ti, en una preocupación amistosa por tu bienestar, no tener conocimiento de ellos”. Como parece que al principio no pensar tan mal de ellos como ella, mencionó algunas cosas que había observado y escuchado que tenían escap 'd mi aviso, pero ahora me convinc ella tenía razón. Le agradezco su amable consejo, y promís'd para seguirlo. Cuando llegamos a Nueva York, me dijeron donde vivieron, y me invitaron a venir a verlas; pero yo lo evité, y estuvo bien que lo hice; para el día siguiente el capitán echó de menos una cuchara de plata y algunas otras cosas, que habían sido sacadas de su rabin, y sabiendo que eran un par de strumpets, consiguió un orden para registrar sus alojamientos, encontrar los bienes robados, e hizo que los ladrones castigaran. Entonces, cuyo' teníamos escap 'd una roca hundida, que desechamos en el pasaje, pensé que esta fuga era algo más importante para mí.

En Nueva York encontré a mi amigo Collins, quien había llegado allí algún tiempo antes que yo. Habíamos sido íntimos desde niños, y habíamos leído juntos los mismos libros; pero él tenía la ventaja de más tiempo para leer y estudiar, y un genio maravilloso para el aprendizaje matemático, en el que me superó con creces. Si bien viví en Boston la mayor parte de mis horas de ocio para conversar las pasaba con él, y él continuaba con un muchacho sobrio así como trabajador; era muy respetado por su aprendizaje por varios de los clérigos y otros caballeros, y parecía prometer hacer una buena figura en la vida. Pero, durante mi ausencia, había adquirido la costumbre de mojarse con brandy; y encontré por su propia cuenta, y lo que escuché de otros, que había estado borracho todos los días desde su llegada a Nueva York, y se comportaba muy extrañamente. Él también había gam'd, y perdió su dinero, así que yo estaba obligado a dar de alta sus alojamientos, y sufragar sus gastos hacia y en Filadelfia, lo que me resultaba extremadamente inconveniente.

El entonces gobernador de Nueva York, Burnet (hijo del obispo Burnet), al enterarse del capitán que un joven, uno de sus pasajeros, tenía muchísimos libros, deseaba que me llevara a verlo. Lo esperé en consecuencia, y debería haber llevado a Collins conmigo pero que no estaba sobrio. El gobernador me trató con mucha cortesía, me mostró su biblioteca, que era muy grande, y tuvimos mucha conversación sobre libros y autores. Este fue el segundo gobernador que me había hecho el honor de tomar nota de mí; lo cual, para un pobre chico como yo, fue muy agradable.

Nos dirigimos a Filadelfia. Recibí en el camino el dinero de Vernon, sin el cual difícilmente podríamos haber terminado nuestro viaje. Collins deseaba ser empleado en alguna casa de conteo, pero, ya sea que descubran su dramming por su aliento, o por su comportamiento, aunque tenía algunas recomendaciones, no tuvo éxito en ninguna aplicación, y continuó hospedando y abordando en la misma casa conmigo, y a mi costa. Sabiendo que tenía ese dinero de Vernon's, él continuamente me estaba pidiendo prestado, aún prometiendo el reembolso tan pronto como debería estar en el negocio. Al fin había conseguido tanto de ello que me angustiaba pensar qué debía hacer en caso de que me llamaran para remitirlo.

Su consumo continuo, sobre lo que a veces nos peleábamos; porque, cuando un poco intoxicado, estaba muy fracasado. Alguna vez, en un bote en el Delaware con algunos otros jóvenes, se negó a remar en su turno. “Voy a estar remar en casa”, dice él. “No te vamos a remar”, dice I. “Debes, o quedarte toda la noche en el agua”, dice él, “tal como quieras”. Los otros decían: “Vamos a remar; ¿qué lo significa?” Pero, mi mente siendo amargada con su otra conducta, continuó a negarme. Entonces juré que me haría remar, o me tiraría por la borda; y viniendo, pisando los obstáculos, hacia mí, cuando él se acercó y me golpeó, aplaudí mi mano debajo de su muleta, y, levantándose, lo lancé de cabeza al río. Yo sabía que era un buen nadador, y así estaba bajo poca preocupación por él; pero antes de que pudiera darse la vuelta para apoderarse del bote, tuvimos con unos pocos golpes sacarla de su alcance; y siempre cuando se acercaba al bote, le preguntamos si remaría, golpeando algunos golpes para deslizarla lejos de él. Estaba listo para morir con aflicción, y obstinadamente no prometía remar. No obstante, al verlo por fin empezando a cansarse, lo levantamos y lo llevamos a casa goteando mojado por la noche. Apenas tuvimos una palabra civil después, y un capitán de las

Indias Occidentales, que tenía el encargo de adquirir un tutor para los hijos de un caballero en Barbadoes, pasando a reunirse con él, accedió a llevarlo allí. Entonces me dejó, prometiendo remitirme el primer dinero que debía recibir para poder liquidar la deuda; pero nunca supe de él después.

El irrumpir en este dinero de Vernon's fue una de las primeras grandes erratas de mi vida; y este asunto demuestra que mi padre no estaba muy fuera a su juicio cuando me suplió demasiado joven para manejar negocios de importancia. Pero Sir William, al leer su carta, dijo que era demasiado prudente. Había una gran diferencia en las personas; y la discreción no siempre acompañaba a los años, ni la juventud siempre estaba sin ella. “Y como no te va a poner una trampa”, dice, “lo haré yo mismo. Dame un inventario de las cosas necesarias que se tienen de Inglaterra, y voy a mandar por ellas. Me pagarás cuando puedas; estoy resuelto a tener una buena impresora aquí, y estoy seguro de que debes tener éxito”. Esto se habló con tal aparición de cordialidad, que no tenía la menor duda de su significado lo que decía. Hasta ahora había guardado la proposición de mi puesta en marcha, un secreto en Filadelfia, y aún así la guardaba. Si se hubiera sabido que dependía del gobernador, probablemente algún amigo, que lo conocía mejor, me hubiera aconsejado no confiar en él, ya que después lo escuché como su personaje conocido por ser liberal de promesas que nunca quiso cumplir. Sin embargo, no solicitado como lo fue por mí, ¿cómo podría pensar que sus generosas ofertas son poco sinceras? Le creí uno de los mejores hombres del mundo.

Le presenté un inventario de una pequeña casa de impresión, que asciende por mi cálculo a alrededor de cien libras esterlinas. A él le gustaba, pero pregúntame si mi estar en el acto en Inglaterra para chuse los tipos, y ver que todo era bueno de ese tipo, podría no ser de alguna ventaja. “Entonces —dice él—, cuando esté ahí, se podrán hacer conocidos, y establecer correspondencias a la manera de la librería y de la papelería”. Estuve de acuerdo en que esto podría ser ventajoso. “Entonces”, dice él, “preparate para ir con Annis”; que era el barco anual, y el único en ese momento que solía pasar entre Londres y Filadelfia. Pero pasarían algunos meses antes de que Annis zarparía, así que continuaba trabajando con Keimer, preocupándome por el dinero que Collins había recibido de mí, y en las aprensiones diarias de ser llamado por Vernon, lo que, sin embargo, no sucedió en algunos años después.

Creo que he omitido mencionar que, en mi primer viaje desde Boston, al ser becalm'd off Block Island, nuestra gente se puso a atrapar bacalao, y acarreó a muchos. Hasta ahora me había apegado a mi resolución de no comer alimentos de origen animal, y en esta ocasión consideraría, con mi maestro Tryon, tomar cada pez como una especie de asesinato no provocado, ya que ninguno de ellos tuvo, ni jamás pudo hacernos alguna lesión que pudiera justificar la matanza. Todo esto me pareció muy razonable. Pero antes había sido un gran amante de los peces, y, cuando esto salió caliente de la sartén, olía admirablemente bien. Balancé un tiempo entre principio e inclinación, hasta que recordé que, cuando se abrieron los peces, vi peces más pequeños sacados de sus estómagos; luego pensé: “Si se comen los unos a los otros, no veo por qué no podemos comerlos”. Así que me metí en el bacalao muy de buen corazón, y seguí comiendo con otras personas, volviendo sólo de vez en cuando a una dieta vegetal. Una cosa tan conveniente es ser una criatura razonable, ya que permite a uno encontrar o hacer una razón para todo lo que uno tiene una mente que hacer.

Keimer y yo vivimos sobre una base bastante familiar, y estuvimos de acuerdo tolerablemente bien, pues no sospechaba nada de mi configuración. Conservó gran parte de sus viejos entusiasmos y su argumentación amorosa. Por lo tanto, tuvimos muchas disputas. Solía trabajarlo así con mi método socrático, y lo había trepann tantas veces por preguntas aparentemente tan distantes de cualquier punto que tuviéramos en la mano, y sin embargo por grados conducen al punto, y lo llevaron a dificultades y contradicciones, que por fin se volvió ridículamente cauteloso, y apenas me respondería la pregunta más común, sin preguntar primero, “¿Qué pretendes inferir de eso?” No obstante, le dio una opinión tan alta de mis habilidades a la manera confusa, que en serio me propuso ser su colega en un proyecto que tenía de establecer una nueva secta. Él iba a predicar las doctrinas, y yo iba a confundir a todos los opositores. Cuando vino a explicar conmigo sobre las doctrinas, encontré varios acertijos a los que me oponía, a menos que pudiera salirme un poco también, e introducir algunos de los míos.

Keimer llevaba toda su barba, porque en algún lugar de la ley mosaica se dice: “No estropearás las esquinas de tu barba”. De igual manera guardó el séptimo día, sábado; y estos dos puntos fueron esenciales con él. Dislicé ambos; pero accedió a admitirlos a condición de que adoptara la doctrina de no usar alimentos para animales. “Dudo”, dijo, “mi constitución no soportará eso”. Yo le asuro que lo haría, y que él sería el mejor para ello. Por lo general era un gran glotón, y me prometí algo de diversión a la mitad matándolo de hambre. Aceptó probar la práctica, si le haría compañía. Yo lo hice, y la llevamos a cabo durante tres meses. Teníamos nuestras vítuas vestidas, y nos las traía regularmente una mujer del barrio, que tenía de mi parte una lista de cuarenta platillos para prepararnos en diferentes momentos, en todos los cuales no había ni pescado, carne, ni aves, y el capricho me venía mejor en este momento de la baratura de la misma, no nos costaba por encima de dieciocho peniques por semana cada uno. Desde entonces he guardado varios Lents de manera más estricta, dejando la dieta común para eso, y eso para lo común, abruptamente, sin el menor inconveniente, para que creo que hay poco en el consejo de hacer esos cambios por gradaciones fáciles. Seguí

agradablemente, pero el pobre Keimer sufrió de manera grave, cansado del proyecto, hacía mucho tiempo por las ollas de carne de Egipto, y pidió un cerdo asado. Me invitó a mí y a dos amigas a cenar con él; pero, al ser traída demasiado pronto sobre la mesa, no pudo resistirse a la tentación, y se comió todo antes de que viniéramos.

Había hecho algún cortejo durante este tiempo a Miss Read. Tenía un gran respeto y cariño por ella, y tenía alguna razón para creer que ella tenía lo mismo para mí; pero, como estaba a punto de hacer un largo viaje, y los dos éramos muy jóvenes, solo un poco más de dieciocho años, su madre lo pensó de lo más prudente evitar que en la actualidad fuéramos demasiado lejos, como matrimonio, si fuera para tener lugar, sería más conveniente después de mi regreso, cuando debería estar, como esperaba, instalado en mi negocio. Quizás, también, pensó que mis expectativas no estaban tan bien fundadas como yo las imaginaba.

Mis principales conocidos en este momento eran Charles Osborne, Joseph Watson y James Ralph, todos amantes de la lectura. Los dos primeros fueron empleados de un eminente escribano o transportador en la localidad, Charles Brogden; el otro era empleado de un comerciante. Watson era un joven piadoso, sensato, de gran integridad; los demás bastante más laxos en sus principios de religión, particularmente Ralph, quien, al igual que Collins, había estado inquieto por mí, por lo que ambos me hicieron sufrir. Osborne era sensato, sincero, franco; sincero y cariñoso con sus amigos; pero, en materia literaria, demasiado aficionado a criticar. Ralph era ingenioso, gentil en sus modales, y extremadamente elocuente; creo que nunca conocí a un hablador más bonito. Ambos grandes admiradores de la poesía, y comenzaron a probar sus manos en pedacitos. Muchos agradables paseos que los cuatro tuvimos juntos los domingos hacia el bosque, cerca de Schuylkill, donde nos leemos el uno al otro, y conferiríamos lo que leímos.

Ralph estaba inclinado para perseguir el estudio de la poesía, no dudando pero podría llegar a ser eminente en ella, y hacer fortuna con ella, alegando que los mejores poetas deben, cuando empezaron a escribir por primera vez, hacer tantas faltas como él. Osborne lo disuadió, asuría que no tenía genio para la poesía, y le aconseja que no piense en nada más allá del negocio para el que fue criado; que, a la manera mercantil, aunque no tenía acciones, podría, por su diligencia y puntualidad, recomendarse al empleo como factor, y en el tiempo adquirir con lo que comerciar por su propia cuenta. Yo aprobaba el yo divertido con la poesía de vez en cuando, hasta el punto de mejorar el propio lenguaje, pero no más lejos.

Sobre esto fue propos que cada uno de nosotros, en nuestra próxima reunión, produjera una pieza de nuestra propia composición, para mejorar con nuestras observaciones mutuas, críticas y correcciones. Como el lenguaje y la expresión eran lo que teníamos a la vista, excluimos todas las consideraciones de invención 39 al estar de acuerdo en que la tarea debía ser una versión del Salmo XVIII, que describe el descenso de una Deidad. Cuando se acercaba el momento de nuestra reunión, Ralph me llamó primero y me hizo saber que su pieza estaba lista. Le dije que había estado ocupado, y, al tener poca inclinación, no había hecho nada. Luego me mostró su pieza para mi opinión, y la aprobé mucho, ya que me parece tener un gran mérito. “Ahora”, dice, “Osborne nunca permitirá el menor mérito en ninguna cosa mía, sino que hace mil críticas por mera envidia. No está tan celoso de ti; deseo, por tanto, que tomes esta pieza, y la produzcas como tuya; fingiré no haber tenido tiempo, y así no producir nada. Entonces veremos qué le va a decir”. Se acordó, e inmediatamente lo transcribí, que pudiera aparecer en mi propia mano.

Nos conocimos; se leyó la actuación de Watson; había algunas bellezas en ella, pero muchos defectos. Se leyó el de Osborne; fue mucho mejor; Ralph le hizo justicia; remarcó algunas faltas, pero aplaudió a las bellezas. Él mismo no tenía nada que producir. Estaba atrasado; parecía deseoso de ser excusado; no había tenido tiempo suficiente para corregir, etc.; pero no se podía admitir excusa; producir debo. Se leyó y repitió; Watson y Osborne renunciaron al concurso, y se unieron para aplaudirlo. Ralph sólo hizo algunas críticas, y propuso algunas enmiendas; pero yo defendí mi texto. Osborne estaba en contra de Ralph, y le dijo que no era mejor crítico que poeta, por lo que dejó caer la discusión. Al irse juntos a casa dos, Osborne se expresó aún más fuertemente a favor de lo que pensaba mi producción; habiéndose contenido antes, como decía, para que no pensara que me halaga. “Pero, ¿quién habría imaginado”, dijo, “que Franklin había sido capaz de tal actuación; tal pintura, tal fuerza, tal fuego! Incluso ha improvisado el original. En su conversación común parece no tener elección de palabras; duda y equivoca; y sin embargo, ¡buen Dios! ¡cómo escribe!” La próxima vez que nos conocimos, Ralph descubrió el truco que le teníamos a cuadros, y Osborne estaba un poco laureado en.

Esta transacción fijó a Ralph en su resolución de convertirse en poeta. Yo hice todo lo que pude para disuadirlo de ello, pero siguió garabateando versos hasta que Papa lo curó. Se convirtió, sin embargo, en un escritor de prosa bastante bueno. Más de él en adelante. Pero, como quizá no vuelva a tener ocasión de mencionar los otros dos, sólo voy a comentar aquí, que Watson murió en mis brazos unos años después, muy lamentado, de ser el mejor de nuestro set. Osborne fue a las Indias Occidentales, donde se convirtió en un abogado eminente y ganó dinero, pero murió joven. Él y yo habíamos hecho un acuerdo serio, que el que pasara primero a morir debería, de ser posible, hacer una visita amistosa al otro, y darle a conocer cómo encontraba las cosas en ese estado separado. Pero nunca cumplió su promesa.

El gobernador, al parecer que le gustaba mi compañía, me llevaba frecuentemente a su casa, y su tenderme siempre fue mencionado como algo fijo. Yo iba a llevar conmigo cartas de recomendación a varios de sus amigos, además de la carta de crédito para proporcionarme el dinero necesario para comprar la prensa y tipos, papel, etc. Para estas cartas me designaron para llamar en diferentes momentos, cuando iban a estar listas, pero todavía se nombraba un tiempo futuro. Así continuó hasta que el barco, cuya salida también se había pospuesto varias veces, estaba a punto de navegar. Entonces, cuando llamé para tomar mi licencia y recibir las cartas, su secretario, el doctor Bard, me salió y me dijo que el gobernador estaba muy ocupado por escrito, pero estaría abajo en Newcastle antes del barco, y ahí me serían entregadas las cartas.

Ralph, aunque casado, y teniendo un hijo, había decidido acompañarme en este viaje. Se pensó que tenía la intención de establecer una correspondencia, y obtener bienes para vender por encargo; pero después me encontré, que thro' algo de descontento con las relaciones de su esposa, se proponía dejarla en sus manos, y no volver nunca más. Habiéndome despedido de mis amigos e intercambié algunas promesas con Miss Read, salí de Filadelfia en el barco, que anclaba en Newcastle. Ahí estaba el gobernador; pero cuando fui a su hospedaje, el secretario vino a mí de él con el mensaje más civilizado del mundo, que no podía entonces verme, ocupándose en negocios de suma importancia, sino que debería enviarme las cartas a bordo, desearme de todo corazón un buen viaje y un rápido regreso, etc. volví a bordo un poco perplejo, pero aun sin dudar.

El señor Andrew Hamilton, famoso abogado de Filadelfia, había tomado paso en el mismo barco para él y para su hijo, y con el señor Denham, un comerciante cuáquero, y los señores Onion y Russel, maestros de una obra de hierro en Maryland, se habían enganchado a la gran cabaña; de modo que Ralph y yo nos vimos obligados a tomar con una litera en el la dirección, y ninguno a bordo conociéndonos, fueron considerados como personas comunes y corrientes. Pero el señor Hamilton y su hijo (era James, desde gobernador) regresaron de Newcastle a Filadelfia, el padre fue recordado por una gran tarifa para suplicar por un barco incautado; y, justo antes de zarparnos, el coronel French se acercó a bordo, y mostrándome un gran respeto, me dieron más cuenta, y, con mi amigo Ralph, invitados por los otros señores a entrar a la cabaña, habiendo ahora habitación. En consecuencia, removimos allá.

Entendiendo que el coronel French había traído a bordo de los despachos del gobernador, le pido al capitán esas cartas que iban a estar bajo mi cuidado. Dijo que todos estaban metidos en la bolsa juntos y que no podía entonces acercarse a ellos; pero, antes de aterrizar en Inglaterra, debería tener la oportunidad de recogerlos; así quedé satisfecho por el presente, y procedimos en nuestro viaje. Teníamos una compañía sociable en la cabaña, y vivíamos inusualmente bien, teniendo la adición de todas las tiendas del señor Hamilton, que se habían acostado abundantemente. En este pasaje el señor Denham me contrató una amistad que continuó durante su vida. El viaje por lo demás no fue agradable, ya que teníamos mucho mal tiempo.

Cuando entramos en el Canal, el capitán cumplió su palabra conmigo, y me dio la oportunidad de examinar la bolsa en busca de las cartas del gobernador. No encontré ninguna en la que mi nombre estuviera bajo mi cuidado. Escogí seis o siete, que, por la letra, pensé que podrían ser las cartas prometidas, sobre todo porque una de ellas estaba dirigida a Basket, a la impresora del rey, y otra a algún papelerero. Llegamos a Londres el 24 de diciembre de 1724. Esperé al papelerero, quien vino primero en mi camino, entregando la carta como del gobernador Keith. “No conozco a una persona así”, dice él; pero, al abrir la carta, “¡Oh! esto es de Riddlesden. Últimamente lo he encontrado como un bribón completo, y no voy a tener nada que ver con él, ni recibir ninguna carta de él”. Entonces, poniéndome la carta en la mano, se giró el talón y me dejó para atender a algún cliente. Me sorprendió descubrir que estas no eran las cartas del gobernador; y, después de recordar y comparar circunstancias, comencé a dudar de su sinceridad. Encontré a mi amigo Denham, y le abrí todo el asunto. Me dejó entrar en el carácter de Keith; me dijo que no había la menor probabilidad de que hubiera escrito alguna carta para mí; que nadie, que lo conocía, tenía la menor dependencia de él; y se alzó ante la noción de que el gobernador me diera una carta de crédito, teniendo, como dijo, ningún crédito que dar. Al expresar cierta preocupación por lo que debo hacer, me aconsejó que me esforzara a conseguir algún empleo en el camino de mi negocio. “Entre los impresores de aquí”, dijo, “te vas a mejorar, y cuando regreses a América, te instalarás con mayor ventaja”.

Nos pasa que los dos sabríamos, así como el papelerero, que Riddlesden, el abogado, era muy brigada. Había arruinado a medias al padre de la señorita Read al persuadirlo para que fuera atado a él. Por esta carta parecía que había un esquema secreto a pie ante el prejuicio de Hamilton (suponiendo que luego estaría viniendo con nosotros); y que Keith estaba preocupado en ello con Riddlesden. Denham, que era amigo de Hamilton pensó que debía conocerlo; así, cuando llegó a Inglaterra, que fue poco después, en parte por resentimiento y mala voluntad hacia Keith y Riddlesden, y en parte de buena voluntad hacia él, lo esperé y le di la carta. Me agradeció cordialmente, siendo la información de importancia para él; y a partir de ese momento se convirtió en mi amigo, muy a mi favor después en muchas ocasiones.

Pero, ¿qué pensaremos de que un gobernador haga trucos tan lamentables e imponga tan groseramente a un pobre niño ignorante? Era un hábito que había adquirido. Deseaba complacer a todos; y, teniendo poco que dar, daba expectativas. Por lo demás era un

hombre ingenioso, sensato, un escritor bastante bueno, y un buen gobernador para el pueblo, tho' no para sus electores, los propietarios, cuyas instrucciones a veces ignoraba. Varias de nuestras mejores leyes fueron de su planeación y aprobadas durante su administración.

Ralph y yo éramos compañeros inseparables. Tomábamos hospedajes juntos en Little Britain a tres chelines y seis peniques a la semana, tanto como podíamos permitirnos entonces. Encontró algunas relaciones, pero eran pobres, e incapaces de asistirle. Ahora me hizo saber sus intenciones de permanecer en Londres, y que nunca quiso regresar a Filadelfia. No había traído dinero con él, todo lo que podía reunir había sido gastada en pagar su pasaje. Yo tenía quince pistolas; así que de vez en cuando me pidió prestada para subsistir, mientras buscaba negocios. Primero se esforzó por meterse en la casa de juegos, creyéndose que calificó para un actor; pero Wilkes, a quien aplicaba, le aconsejaba con franqueza que no pensara en ese empleo, ya que era imposible que tuviera éxito en él. Después propuso a Roberts, un editor de Paternoster Row, que escribiera para él un periódico semanal como el Espectador, en ciertas condiciones, que Roberts no aprobó. Entonces se esforzó por conseguir empleo como escritor de hackney, copiar para los papeleros y abogados sobre el Templo, pero no pudo encontrar ninguna vacante.

De inmediato me metí a trabajar en Palmer's, luego una famosa imprenta en Bartholomew Close, y aquí continuó cerca de un año. Fui bastante diligente, pero pasé con Ralph una buena parte de mis ganancias en ir a obras de teatro y otros lugares de diversión. Tuvimos juntos consumimos todas mis pistolas, y ahora solo se frotaron de mano en boca. Parecía bastante olvidar a su esposa e hijo, y yo, por grados, mis compromisos con Miss Read, a quien nunca le escribí más de una carta, y eso fue para hacerle saber que no era probable que pronto regresara. Esta fue otra de las grandes erratas de mi vida, que debería desear corregir si volviera a vivirla. De hecho, por nuestros gastos, me mantuvieron constantemente incapaz de pagar mi pasaje.

En Palmer's fui empleado en la composición para la segunda edición de "Religión de la naturaleza" de Wollaston. Algunos de sus razonamientos no me parecieron bien fundados, escribí una pequeña pieza metafísica en la que hice comentarios sobre ellos. Se tituló "Una disertación sobre la libertad y la necesidad, el placer y el dolor". Se lo inscribí a mi amigo Ralph; imprimí un número pequeño. Ocasión mi ser más considerado por el señor Palmer cuando era un joven de cierto ingenio, que en serio expostuló conmigo sobre los principios de mi panfleto, que a él le parecería abominable. Mi impresión de este panfleto fue otra errata. Mientras me alojaba en Little Britain, conocí a un tal Wilcox, un librero, cuya tienda estaba en la puerta de al lado. Tenía una inmensa colección de libros de segunda mano. Las bibliotecas circulantes no estaban entonces en uso; pero coincidimos en que, en ciertos términos razonables, que ahora he olvidado, podría tomar, leer y devolver cualquiera de sus libros. Esto me parece una gran ventaja, y lo aproveché tanto como pude.

Mi panfleto por algún medio cayendo en manos de un Lyons, un cirujano, autor de un libro titulado "La infalibilidad del juicio humano", ocasionó un conocido entre nosotros. Me tomó gran atención, me llamó a menudo para conversar sobre esos temas, me llevó a los Cuernos, un pálido alehouse en ——— Lane, Cheapside, y me presentó al Dr. Mandeville, autor de la "Fábula de las abejas", quien tenía allí un club, del que él era el alma, siendo un compañero muy gracioso, entretenido. Lyons, también, me presentó al doctor Pemberton, en Batson's Coffee-house, quien promís'd darme la oportunidad, en algún momento u otro, de ver a Sir Isaac Newton, del cual estaba sumamente deseoso; pero esto nunca sucedió.

Yo había traído algunas curiosidades, entre las que el principal estaba un monedero hecho del amianto, que purifica por fuego. Sir Hans Sloane se enteró de ello, vino a verme y me invitó a su casa en Bloomsbury Square, donde me mostró todas sus curiosidades, y me convenció de que le dejara agregar eso al número, por lo que me pagó generosamente.

En nuestra casa había albergado a una joven, una moñera, que, creo, tenía una tienda en los Claustros. Ella había sido criada gentilmente, era sensata y animada, y de lo más agradable conversación. Ralph le leía obras de teatro por las noches, se hicieron íntimas, ella tomó otro hospedaje, y él la siguió. Ellos vivieron juntos algún tiempo; pero, estando todavía fuera del negocio, y sus ingresos no eran suficientes para mantenerlos con su hijo, tomó la resolución de irse de Londres, para tratar de una escuela de campo, que se consideraba bien calificado para emprender, ya que escribió una excelente mano, y era maestro de aritmética y cuentas. Esto, sin embargo, consideró un negocio por debajo de él, y confiado en una mejor fortuna futura, cuando no debería estar dispuesto a que se supiera que alguna vez estuvo tan mal empleado, cambió de nombre, y me hizo el honor de asumir la mía; porque poco después tuve una carta suya, conociéndome que estaba asentado en una pequeña pueblo (en Berkshire, creo que fue, donde enseñaba lectura y escritura a diez o una docena de niños, a seis peniques cada semana), recomendando a mi cuidado a la señora T—— y deseando que le escribiera, dirigiendo para el señor Franklin, maestro de escuela, en un lugar así.

Continuó escribiendo frecuentemente, enviándome grandes ejemplares de un poema épico que luego estaba componiendo, y deseando mis comentarios y correcciones. Éstas le di de vez en cuando, pero procurar preferiría desincentivar su proceder. Entonces se acaba de publicar una de las Sátiras de Young. Yo copié y le envié una gran parte de ello, lo que puso en una fuerte luz la locura de perseguir a las Musas con alguna esperanza de avance por parte de ellas. Todo fue en vano; las hojas del poema

continuaban llegando por cada puesto. Mientras tanto, la señora T——, habiendo perdido por su cuenta a sus amigos y sus negocios, a menudo estaba angustiada, y nosotros teníamos que mandar por mí, y pedir prestado lo que pudiera sobra para ayudarla a salir de ellos. Me encariñé con su compañía y, estando en ese momento sin restricción religiosa, y presumiendo de mi importancia para ella, intenté familiaridades (otra errata) que ella repulía con un resentimiento apropiado, y le conocía mi comportamiento. Esto hizo una brecha entre nosotros; y, cuando regresó de nuevo a Londres, me hizo saber que pensaba que yo había cancelado todas las obligaciones que había estado bajo conmigo. Así que descubrí que nunca iba a esperar que él me pagara lo que le presté, o advirtiera por él. Esto, sin embargo, no fue entonces de mucha consecuencia, ya que era totalmente incapaz; y en la pérdida de su amistad me encontré aliviado de un agobio. Ahora empecé a pensar en conseguir un poco de dinero de antemano, y, esperando un mejor trabajo, dejé Palmer's para trabajar en Watts's, cerca de Lincoln's Inn Fields, una imprenta aún mayor. Aquí continué todo el resto de mi estancia en Londres.

En mi primer ingreso a esta imprenta me dediqué a trabajar en prensa, imaginando que sentía una falta del ejercicio corporal en el que había estado en América, donde la prensa se mezcla con la composición. Bebí sólo agua; los otros obreros, cerca de cincuenta en número, eran grandes tomadores de cerveza. En ocasiones, subía y bajaba escaleras una gran forma de tipos en cada mano, cuando otras llevaban pero una en ambas manos. Se preguntaban ver, a partir de esta y varias instancias, que el agua-americano, como me llamaban, era más fuerte que ellos mismos, ¡que bebían cerveza fuerte! Teníamos un chico alehouse que asistía siempre en la casa para abastecer a los obreros. Mi compañero en la prensa bebía todos los días una pinta antes del desayuno, una pinta en el desayuno con su pan y queso, una pinta entre el desayuno y la cena, una pinta en la cena, una pinta por la tarde alrededor de las seis en punto, y otra cuando había hecho el trabajo de su día. A mí me pareció una costumbre detestable; pero era necesario, suponía, beber cerveza fuerte, que pudiera ser fuerte para trabajar. Me esforcé en convencerlo de que la fuerza corporal que brinda la cerveza sólo podía ser proporcional al grano o harina de la cebada disuelta en el agua de la que estaba hecha; que había más harina en un centavo de pan; y por lo tanto, si comería eso con una pinta de agua, le daría más fuerza que un cuarto de cerveza. Él bebía, sin embargo, y tenía cuatro o cinco chelines que pagar de su salario todos los sábados por la noche por ese licor confuso; un gasto del que estaba libre. Y así estos pobres demonios se mantienen siempre bajo.

Watts, después de algunas semanas, deseando tenerme en la sala de composición, dejé a los prensadores; un nuevo bien venu o suma para beber, siendo cinco chelines, me lo demandaron los compositores. Pensé que era una imposición, como había pagado abajo; el maestro también lo pensaba, y me prohibía pagarlo. Me destacé dos o tres semanas, en consecuencia se consideró como un excomulgado, y me hicieron tantas pequeñas travesuras privadas, mezclando mis clases, transponiendo mis páginas, rompiendo mi asunto, etc., etc., si alguna vez estuviera tan poco fuera de la habitación, y todo atribuido al fantasma chappel, que dijeron alguna vez embrujaba a los que no admitían regularmente, que a pesar de la protección del amo, me encontré obligado a cumplir y pagar el dinero, convincido de la locura de estar en malos términos con aquellos con los que uno es vivir continuamente.

Ahora estaba en pie de igualdad con ellos, y pronto adquirí una influencia considerable. Propongo algunas modificaciones razonables en sus leyes chappel, y las llevé contra toda oposición. De mi ejemplo, gran parte de ellos dejaron su confuso desayuno de cerveza, y pan, y queso, encontrando que podrían conmigo ser abastecidos de una casa vecina con un gran porringer de gachas de agua caliente, espolvoreado con pimienta, desmenuzado con pan, y un poco de mantequilla en ella, por el precio de una pinta de cerveza, a saber, tres medio-peniques. Este fue un desayuno más cómodo así como más barato, y mantuvo la cabeza más clara. Los que continuaban mojándose con cerveza todo el día, a menudo estaban, al no pagar, sin crédito en el alehouse, y nosotros teníamos que interesarnos conmigo por conseguir cerveza; su luz, como la expresaban, estar fuera. Miré la tabla de pagos el sábado por la noche, y recogí lo que me quedaba engag 'd para ellos, teniendo que pagar a veces cerca de treinta chelines a la semana en su cuenta. Esto, y mi ser estima un riggite bastante bueno, es decir, un satírico verbal jocular, apoyó mi consecuencia en la sociedad. Mi constante asistencia (nunca hice un St. Lunes) me recomendó al maestro; y mi poco común rapidez en la composición ocasionó que me pusieran en todo el trabajo de despacho, que generalmente estaba mejor pagado. Entonces continué ahora muy amablemente.

Mi hospedaje en Little Britain siendo demasiado remoto, encontré otro en Duke-street, frente a la Capilla Romish. Eran dos pares de escaleras al revés, en un almacén italiano. Una señora viuda se quedó con la casa; tenía una hija, y una criada, y un oficial que asistía al almacén, pero que se alojaba en el extranjero. Después de enviar a preguntar a mi personaje en la casa donde alojé por última vez ella accedió a llevarme al mismo precio, 3s. 6d. a la semana; más barato, como dijo, de la protección que esperaba al tener un hombre hospedarse en la casa. Era viuda, anciana; había sido criada protestante, siendo hija de un clérigo, pero fue convertida a la religión católica por su marido, cuyo recuerdo veneraba mucho; había vivido mucho entre personas de distinción, y conocía mil anécdotas de ellas ya en los tiempos de Carlos Segundo. Estaba coja de rodillas con la gota, y, por lo tanto, rara vez se movía fuera de su habitación, así que a veces quería compañía; y la suya me resultaba tan entretenida, que estaba segura de pasar una tarde con ella cuando ella lo deseara. Nuestra cena era solo media anchoa cada una, en una tira muy pequeña de pan y

mantequilla, y media pinta de cerveza entre nosotros; pero el entretenimiento estaba en su conversación. Mi siempre guardando buenas horas, y dando pequeños problemas en la familia, la hacía reacia a separarse de mí; así que, cuando hablaba de un hospedaje del que había oído hablar, más cerca de mi negocio, por dos chelines a la semana, lo cual, con la intención de como ahora estaba en ahorrar dinero, hizo alguna diferencia, ella me ofreció que no pensara en ello, porque ella lo haría me abate dos chelines a la semana para el futuro; así que me quedé con ella a un chelín y seis peniques mientras me quedé en Londres.

En una buhardilla de su casa vivía una doncella de setenta, de la manera más jubilada, de la que mi casera me dio esta cuenta: que era católica romana, había sido enviada al extranjero cuando era joven, y se alojaba en un convento con la intención de convertirse en monja; pero, el país no estuvo de acuerdo con ella, regresó a Inglaterra, donde, al no haber convento, se había comprometido a llevar la vida de monja, tan cerca como se pudiera hacer en esas circunstancias. En consecuencia, ella había entregado todos sus bienes a usos caritativos, reservando sólo doce libras al año para vivir, y de esta suma seguía dando mucho en caridad, viviendo solo de gachas de agua, y sin usar fuego sino para hervirla. Ella había vivido muchos años en esa buhardilla, habiéndose permitido permanecer allí gratuitamente por sucesivos inquilinos católicos de la casa de abajo, ya que consideraban una bendición tenerla ahí. Un sacerdote la visitaba para confesarla todos los días. “Le he preguntado”, dice mi casera, “¿cómo ella, como vivió, podría encontrar tanto empleo para una confesora?” “Oh”, dijo ella, “es imposible evitar pensamientos vanos”. Una vez me permitieron visitarla. Ella era alegre y educada, y conversa gratamente. El cuarto estaba limpio, pero no tenía otro mobiliario que un matras, una mesa con crucifijo y libro, un taburete en el que me dio para sentarme, y un cuadro sobre la chimenea de Santa Verónica mostrando su pañuelo, con la milagrosa figura del rostro sangrante de Cristo, que me explicó con gran seriedad. Ella se veía pálida, pero nunca estuvo enferma; y lo doy como otra instancia de cuán pequeños ingresos se pueden apoyar la vida y la salud.

En la imprenta de Watts contraté a un conocido con un joven ingenioso, un Wygate, quien, teniendo relaciones ricas, había sido mejor educado que la mayoría de los impresores; era un latinista tolerable, hablaba francés y amaba la lectura. Le enseñé a él y a un amigo suyo a nadar dos veces entrando al río, y pronto se convirtieron en buenos nadadores. Me introdujeron a unos señores del país, que fueron a Chelsea por el agua a ver el Colegio y las curiosidades de Don Saltero. A nuestro regreso, a petición de la compañía, cuya curiosidad Wygate había excitado, me desnudé y salté al río, y nadé desde cerca de Chelsea hasta Blackfryar's, realizando en el camino muchas hazañas de actividad, tanto sobre como bajo el agua, que sorprende y suplica a quienes eran novedades.

Desde un niño había estado siempre encantado con este ejercicio, había estudiado y practicado todos los movimientos y posiciones de Thevenot, sumé algunos de los míos, apuntando a lo elegante y fácil así como a lo útil. Todas estas aproveché esta ocasión de exponer a la compañía, y me sentí mucho más halagada por su admiración; y Wygate, que deseaba convertirse en maestro, se volvió cada vez más apegado a mí en ese sentido, así como a partir de la similitud de nuestros estudios. Finalmente me propuso viajar por toda Europa juntos, apoyándonos en todas partes trabajando en nuestro negocio. Una vez me incliné a ello; pero, mencionándolo a mi buen amigo el señor Denham, con quien a menudo pasaba una hora cuando tenía tiempo libre, me disuadió de ello, aconsejándome que pensara sólo en regresar a Pensilvania, lo que ahora estaba a punto de hacer.

Debo registrar un rasgo del carácter de este buen hombre. Anteriormente había estado en el negocio en Bristol, pero falló en deuda con varias personas, se agravó y se fue a América. Allí, por una aplicación cercana a los negocios como comerciante, adquirió una fortuna abundante en pocos años. Al regresar a Inglaterra en el barco conmigo, invitó a sus antiguos acreedores a un entretenimiento, en el que les agradeció la fácil composición con la que le habían favorecido, y, cuando no esperaban nada más que el trato, cada hombre en la primera eliminada encontró debajo de su plato un pedido a un banquero por la cantidad total de el resto impago con intereses.

Ahora me dijo que estaba a punto de regresar a Filadelfia, y que debía llevar una gran cantidad de mercancías para poder abrir allí una tienda. Proponía tomarme como su empleado, conservar sus libros, en los que me instruiría, copiaría sus cartas y atendería a la tienda. Añadió que, en cuanto tuviera que conocer los negocios mercantiles, me promovería enviándome con una carga de harina y pan, etc., a las Indias Occidentales, y me procuraría comisiones de otros que serían rentables; y, si me manag bien, me establecería generosamente. La cosa me suplica; porque me cansé de Londres, recordé con placer los felices meses que había pasado en Pensilvania, y deseaba volver a verla; por lo tanto, inmediatamente acordé los términos de cincuenta libras al año, dinero de Pensilvania; menos, de hecho, que mis gettings actuales como compositor, pero ofreciendo un mejor perspectiva.

Ahora me despedí de la impresión, como pensé, para siempre, y estaba empleado diariamente en mi nuevo negocio, yendo con el señor Denham entre los comerciantes a comprar diversos artículos, y viéndolos empacar, hacer recados, llamando a los obreros a despachar, etc.; y, cuando todo estaba a bordo, tenía unos días de ocio. En uno de estos días, fui, para mi sorpresa, enviado por un gran hombre que conocía sólo por su nombre, un Sir William Wyndham, y lo esperé. Había escuchado por algún medio u otro de mi natación desde Chelsea hasta Blackfriar's, y de mi enseñanza a Wygate y a otro joven a nadar en unas horas. Tenía dos hijos, a

punto de emprender sus viajes; deseaba que primero les enseñara a nadar, y me propuso gratificarme generosamente si yo les enseñaba. Todavía no habían llegado a la ciudad, y mi estancia era incierta, así que no pude emprenderla; pero, a partir de este incidente, pensé que era probable que, si tuviera que quedarme en Inglaterra y abrir una escuela de natación, pudiera obtener una buena cantidad de dinero; y me llamó la atención con tanta fuerza, que, si la obertura se hubiera hecho antes, probablemente no debería haber regresado tan pronto a América. Después de muchos años, usted y yo tuvimos algo de más importancia que ver con uno de estos hijos de Sir William Wyndham, convertido en conde de Egremont, que mencionaré en su lugar.

Así pasé unos dieciocho meses en Londres; la mayor parte del tiempo trabajaba duro en mi negocio, y pasé poco sobre mí, excepto en ver obras de teatro y en libros. Mi amigo Ralph me había mantenido pobre; me debía unas veintisiete libras, que ahora nunca era probable que recibiera; ¡una gran suma de mis pequeñas ganancias! Yo lo amaba, no obstante, porque tenía muchas cualidades amables. De ninguna manera había improvisado mi fortuna; pero había recogido a algún conocido muy ingenioso, cuya conversación me resultó de gran ventaja; y había leído considerablemente.

Navegamos desde Gravesend el 23 de julio de 1726. Por los incidentes del viaje, le remito a mi Diario, donde los encontrará todos minuciosamente relacionados. Quizás la parte más importante de esa revista es el plan que se encuentra en ella, que formé en el mar, para regular mi conducta futura en la vida. Es lo más notable, como estar formado cuando era tan joven, y sin embargo estar bastante fielmente adherido a bastante *thro'* a la vejez.

Aterrizamos en Filadelfia el 11 de octubre, donde encontré diversas alteraciones. Keith ya no era gobernador, siendo reemplazada por el mayor Gordon. Lo conocí caminando por las calles como ciudadano común. Parecía un poco *asham* al verme, pero pasaba sin decir nada. Debería haber sido tanto *asham'd* al ver a Miss Read, no tenía sus amigas, desesperada con motivo de mi regreso después de la recepción de mi carta, la persuadieron para que se casara con otro, un Rogers, un alfarero, lo que se hizo en mi ausencia. Con él, sin embargo, ella nunca estuvo feliz, y pronto se apartó de él, negándose a convivir con él o llevar su nombre, siendo ahora dicho que tenía otra esposa. Era un tipo sin valor, *tho'* un excelente obrero, que era la tentación para sus amigas. Se endeudó, huyó en 1727 o 1728, se fue a las Indias Occidentales, y allí murió. Keimer había conseguido una casa mejor, una tienda bien abastecida con papelería, muchos tipos nuevos, un número de manos, *tho'* ninguno bueno, y parece que tendría una gran cantidad de negocios.

El señor Denham tomó una tienda en Water-street, donde abrimos nuestros productos; asistí diligentemente al negocio, estudié cuentas y crecí, en poco tiempo, experto en ventas. Nos alojamos y abordamos juntos; él me aconsejó como padre, teniendo un sincero respeto por mí. Yo lo respetaba y amaba, y podríamos haber seguido juntos muy felices; pero, a principios de febrero de 1726-7, cuando acababa de pasar mi vigésimo primer año, ambos nos enfermaban. Mi moquillo era una pleuresía, que casi me lleva fuera. Sufrí mucho, renuncié al punto en mi propia mente, y me decepcionó bastante cuando me encontré recuperando, lamentando, en cierta medida, que ahora, en algún momento u otro, debo tener todo ese trabajo desagradable que volver a hacer. Olvidé cuál era su moquillo; lo retuvo mucho tiempo, y largamente se lo llevó. Me dejó un pequeño legado en un testamento nuncupativo, como muestra de su amabilidad para mí, y me dejó una vez más al amplio mundo; porque la tienda fue puesta al cuidado de sus ejecutores, y mi empleo debajo de él terminó.

Mi cuñado, Holmes, estando ahora en Filadelfia, aconsejó mi regreso a mi negocio; y Keimer me tentó, con una oferta de grandes salarios por año, a venir y tomar la dirección de su imprenta, para que mejor pudiera asistir a su papelería. Había escuchado un mal personaje de él en Londres de su esposa y sus amigos, y no me gustaba tener más que ver con él. Yo *tri* para un mayor empleo como empleado de comerciante; pero, al no reunirme fácilmente con ninguno, volví a cerrar con Keimer. Encontré en su casa estas manos: Hugh Meredith, un pensilvano galés, de treinta años de edad, criado para trabajar en el campo; honesto, sensato, tenía una gran cantidad de observación sólida, era algo así como un lector, pero dado a beber. Stephen Potts, un joven compatriota de plena edad, criado al mismo, de partes naturales poco comunes, y de gran ingenio y humor, pero un poco ocioso. Éstos con los que había convenido en salarios extremadamente bajos por semana, para ser *rais* un *chelin* cada tres meses, como se merecerían mejorando en su negocio; y la expectativa de estos altos salarios, para venir en adelante, era con lo que los había atraído. Meredith iba a trabajar en prensa, Potts en la encuadernación de libros, lo que él, de acuerdo, iba a enseñarles, aunque no conocía ni a uno ni a otro. John ———, un irlandés salvaje, criado a ningún negocio, cuyo servicio, desde hace cuatro años, Keimer había comprado al capitán de un barco; él, también, iba a ser hecho *pressman*. George Webb, un erudito de Oxford, cuyo tiempo durante cuatro años también había comprado, con la intención de él para un compositor, de quien más actualmente; y David Harry, un chico de campo, a quien había tomado aprendiz.

Pronto percibí que la intención de engancharme a salarios mucho más altos de lo que él había sido nosotros para dar, era, tener estas manos crudas, baratas formarían me tirarían; y, en cuanto yo les había instruido, entonces estando todas articuladas a él,

debería poder prescindir de mí. Yo continué, sin embargo, muy alegremente, puse en orden su imprenta, que había estado en gran confusión, y trajo sus manos por grados a la mente de sus asuntos y a hacerlo mejor.

Fue algo extraño encontrar a un erudito de Oxford en la situación de un sirviente comprado. No tenía más de dieciocho años de edad, y me dio este relato de sí mismo; que nació en Gloucester, educado en una gramática allí, había sido distinguido entre los estudiosos por alguna aparente superioridad en la realización de su parte, cuando exhibían obras; pertenecían al Witty Club allí, y tenía escrito algunas piezas en prosa y verso, las cuales fueron impresas en los periódicos de Gloucester; de ahí fue enviado a Oxford; donde continuó alrededor de un año, pero no bien satisfecho, deseando de todas las cosas ver Londres, y convertirse en jugador. Ampliamente, recibiendo su asignación trimestral de quince guineas, en lugar de pagar sus deudas salió de la ciudad, escondió su vestido en un arbusto furze, y lo puso a pie a Londres, donde, al no tener amigo que le asesorara, cayó en mala compañía, pronto pasó sus guineas, no encontró ninguna manera de ser introducido entre los jugadores, se hicieron necesarios, empeñaron sus paños y querían pan. Caminando por la calle con mucha hambre, y sin saber qué hacer consigo mismo, se le puso en la mano una factura de crimpado, ofreciéndole entretenimiento inmediato y aliento a los que se atarían a servir en América. Se fue directamente, firmó las contrataciones, fue metido en el barco, y se acercó, nunca escribiendo una línea para dar a conocer a sus amigos lo que se había convertido de él. Era vivaz, ingenioso, bondadoso, y un compañero agradable, pero ocioso, irreflexivo e imprudente hasta el último grado.

John, el irlandés, pronto se escapó; con el resto comencé a vivir muy amablemente, porque todos me respetaban más, ya que encontraron a Keimer incapaz de instruirlos, y eso de mí aprendieron algo a diario. Nunca trabajamos el sábado, siendo ese Sabbath de Keimer, así que tuve dos días para leer. Mi conocimiento con gente ingeniosa en el pueblo aumentó. El mismo Keimer me trató con gran cortesía y aparente consideración, y ahora nada me incomodaba más que mi deuda con Vernon, que todavía no podía pagar, siendo hasta ahora pero un pobre economista. Él, sin embargo, amablemente no lo exigió.

Nuestra imprenta a menudo quería clases, y no había carta-fundador en Estados Unidos; había visto tipos fundidos en James's en Londres, pero sin mucha atención a la manera; sin embargo, ahora inventé un molde, hice uso de las letras que teníamos como puñetazos, golpeaba las matrices en plomo, y así abastecí en una bonita manera tolerable todas las deficiencias. También grabé varias cosas en ocasiones; hice la tinta; fui almacenista, y todo, y, en definitiva, todo un factotum.

Pero, por muy servicial que pueda ser, descubrí que mis servicios se volvieron cada día de menos importancia, como las otras manos improvisaron en el negocio; y, cuando Keimer pagó el salario de mi segundo trimestre, me hizo saber que los sentía demasiado pesados, y pensó que debía hacer una reducción. Creció por grados menos civiles, se puso más del maestro, frecuentemente encontró fallas, estaba cautivo, y parecía listo para un rompedor. Seguí, sin embargo, con mucha paciencia, pensando que sus circunstancias gravosas eran en parte la causa. Al fin un poco snapt nuestras conexiones; pues, un gran ruido sucediendo cerca de la corte, puse la cabeza por la ventana para ver cuál era el problema. Keimer, estando en la calle, miraba hacia arriba y me vio, me llamó en voz alta y tono enojado para que me ocupara de mis asuntos, agregando algunas palabras reprochadoras, que me entretejaban más por su publicidad, todos los vecinos que estaban cuidando en la misma ocasión siendo testigos de cómo me trataron. Se acercó de inmediato a la imprenta, continuó la riña, las palabras altas pasaron por ambos lados, me dio la advertencia del cuarto que habíamos estipulado, expresando un deseo de que no se le había obligado tanto tiempo a una advertencia. Le dije que su deseo era innecesario, pues lo dejaría ese instante; y así, tomando mi sombrero, salía de puertas, deseando a Meredith, a quien vi abajo, que se encargara de algunas cosas que dejé, y las llevara a mis alojamientos.

Meredith vino en consecuencia por la noche, cuando hablamos de mi aventura. Había imaginado un gran respeto por mí, y estaba muy reacio a que dejara la casa mientras él permaneciera en ella. Me disuadió de regresar a mi país natal, en lo que empecé a pensar; me recordó que Keimer estaba endeudado por todo lo que poseía; que sus acreedores comenzaron a sentirse incómodos; que mantenía su tienda miserablemente, vendía a menudo sin fines de lucro por dinero listo, y muchas veces confiaba sin llevar cuentas; que debía por lo tanto caer, lo que haría una vacante de la que podría sacar provecho. Me opuse a mi deseo de dinero. Entonces me hizo saber que su padre tenía una alta opinión de mí, y, de algún discurso que había pasado entre ellos, estaba seguro que adelantaría dinero para establecernos, si me asociaba con él. “Mi tiempo”, dice él, “saldrá con Keimer en la primavera; para ese momento es posible que tengamos nuestra prensa y tipos adentro desde Londres. Yo soy sensato no soy obrero; si te gusta, tu habilidad en el negocio se pondrá contra las acciones que entrego, y compartiremos las ganancias por igual”.

La propuesta fue agradable, y yo consentí; su padre estaba en la ciudad y lo aprobaba; cuanto más como veía yo tenía gran influencia con su hijo, le había prevalecido para que se abstuviera mucho de beber drama, y él saltó podría romperle por completo ese miserable hábito, cuando llegamos a estar tan estrechamente conectados. Le di un inventario al padre, que lo llevaba a un comerciante; las cosas fueron enviadas, el secreto era guardarse hasta que llegaran, y mientras tanto iba a conseguir trabajo, si pudiera, en la otra imprenta. Pero no encontré ninguna vacante ahí, y así permanecer'd inactivo unos días, cuando Keimer, ante la

perspectiva de ser empleado'd para imprimir algo de papel moneda en Nueva Jersey, lo que requeriría recortes y varios tipos que solo podía abastecer, y aprehender a Bradford podría contratarme y obtener el trabajo de él, me envió una muy civil mensaje, que los viejos amigos no deben separarse por unas palabras, el efecto de la pasión repentina, y deseando que regrese. Meredith me persuadió para que cumpliera, ya que daría más oportunidades para su mejora bajo mis instrucciones diarias; así que volví, y fuimos más tranquilos que por algún tiempo antes. El jobb de Nueva Jersey fue obtenido, yo contriv había una prensa de cobre para ello, la primera que se había visto en el país; corté varios adornos y cheques para los billetes. Fuimos juntos a Burlington, donde ejecuté el conjunto a satisfacción; y recibí una suma tan grande por la obra que se le habilitó con ello mantener la cabeza mucho más tiempo por encima del agua.

En Burlington me puse a conocer a muchas personas principales de la provincia. Varios de ellos habían sido designados por la Asamblea una comisión para que asistiera a la prensa, y se encargaran de que no se imprimieran más proyectos de ley que los dirigidos por la ley. Estaban pues, por turnos, constantemente con nosotros, y en general el que asistía, traía consigo un amigo o dos para compañía. Mi mente había sido mucho más improvisada leyendo que la de Keimer, supongo que fue por esa razón mi conversación parece ser más valu'd, me tenían en sus casas, me presentaron a sus amigos y me mostraron mucha cortesía; mientras él, tho' el maestro, estaba un poco descuidado. En verdad, era un pez extraño; ignorante de la vida común, aficionado a las opiniones recibidas groseramente opuestas, desaliñado a la suciedad extrema, entusiasta en algunos puntos de la religión, y un poco knavish withal.

Seguimos allí cerca de tres meses; y para entonces podría contar entre mis amigos adquiridos, el juez Allen, Samuel Bustill, el secretario de la Provincia, Isaac Pearson, Joseph Cooper, y varios de los Smiths, miembros de la Asamblea, e Isaac Decow, el topógrafo general. Este último era un anciano astuto, sagaz, quien me dijo que empezó por sí mismo, cuando era joven, rodando arcilla para los ladrilleros, aprendió a escribir después de ser mayor de edad, llevaba la cadena para topógrafos, que le enseñaban a topografía, y ahora tenía por su industria, adquiriría una buena finca; y dice: "Preveo que pronto sacarás a este hombre del negocio, y harás una fortuna en él en Filadelfia". No tenía entonces la menor insinuación de mi intención de instalarme ahí o en cualquier lugar. Estos amigos fueron después de gran utilidad para mí, como de vez en cuando lo era para algunos de ellos. Todos continuaron su respeto por mí mientras vivieron.

Antes de entrar en mi aparición pública en los negocios, puede ser bien hacerle saber el entonces estado de mi mente con respecto a mis principios y moral, para que veas hasta dónde esos influyeron en los acontecimientos futuros de mi vida. Mis padres me habían dado temprano impresiones religiosas, y me llevaron a través de mi infancia piadosamente de la manera disidente. Pero yo escaseaba quince, cuando, después de dudar por turnos de varios puntos, como los encontré disputados en los diferentes libros que leía, comencé a dudar de la misma Revelación. Algunos libros contra el deísmo cayeron en mis manos; se decía que eran el fondo de los sermones predicados en las Conferencias de Boyle. Ocurrió que me hicieron un efecto bastante contrario a lo que pretendían ellos; pues los argumentos de los deístas, que se citaban para ser refutados, me parecieron mucho más fuertes que las refutaciones; en definitiva, pronto me convertí en un Deísta minucioso. Mis argumentos pervertieron a otros, particularmente a Collins y Ralph; pero, cada uno de ellos después me equivocó mucho sin la menor compunción, y recordando la conducta de Keith hacia mí (que era otro librepensador), y la mía hacia Vernon y Miss Read, lo que a veces me dio grandes problemas, yo comenzaron a sospechar que esta doctrina, aunque podría ser verdad, no era muy útil. Mi panfleto londinense, que tenía para su lema estas líneas de Dryden:

"Sea lo que sea, es correcto. Aunque el hombre ciego no
ve sino una parte de la cadena, el eslabón más cercano:
Sus ojos no llevan a la viga igual,
Eso pone todo por encima;"

y de los atributos de Dios, su infinita sabiduría, bondad y poder, llegó a la conclusión de que nada podría estar mal en el mundo, y que el vicio y la virtud eran distinciones vacías, que no existieran tales cosas, aparecería ahora no era una actuación tan astuta como alguna vez la pensé; y dudé de que unos 58 errores tuvieran no se insinuó imperceptiblemente en mi argumento, para infectar a todos los que siguen, como es común en los razonamientos metafísicos.

Crecí en convinc que la verdad, la sinceridad y la integridad en los tratos entre el hombre y el hombre eran de suma importancia para la felicidad de la vida; y formé resoluciones escritas, que aún permanecen en mi diario, para practicarlas siempre mientras viví. De hecho, la revelación no tenía peso conmigo, como tal; pero me dio la opinión de que, aunque ciertas acciones podrían ser malas porque estaban prohibidas por ella, o buenas porque las mandó, sin embargo probablemente estas acciones podrían estar prohibidas porque eran malas para nosotros, o mandadas porque eran beneficiosas a nosotros, en su propia naturaleza, todas las circunstancias de las cosas consideradas. Y esta persuasión, con la amable mano de la Providencia, o algún ángel de la guarda, o circunstancias y situaciones favorables accidentales, o todas juntas, me preservó, thro' este peligroso tiempo de juventud, y las

situaciones peligrosas en las que a veces me encontraba entre extraños, alejados de los ojos y consejos de mi padre, sin ninguna inmoralidad ni injusticia grosera intencional, eso podría haberse esperado de mi falta de religión. Digo voluntarioso, porque las instancias que he mencionado tenían algo de necesidad en ellas, desde mi juventud, inexperiencia, y el knavery de los demás. Por lo tanto, tenía un carácter tolerable para comenzar el mundo; lo valoraba adecuadamente, y determinaba conservarlo.

No habíamos estado mucho regresando a Filadelfia antes de que los nuevos tipos llegaran de Londres. Nos conformamos con Keimer, y lo dejamos por su consentimiento antes de que se enterara de ello. Encontramos una casa para contratar cerca del mercado, y la llevamos. Para disminuir la renta, que era entonces solo veinticuatro libras al año, aunque desde entonces la conozco para dejar por setenta, tomamos en Thomas Godfrey, un vidriero, y su familia, que iban a pagarnos una parte considerable de ella, y nosotros para abordar con ellos. Apenas habíamos abierto nuestras cartas y pusimos en orden a nuestra prensa, antes de que George House, conocido mío, nos trajera a un paisano, a quien había conocido en la calle preguntando por una imprenta. Todo nuestro efectivo ahora se gastaba en la variedad de detalles que habíamos estado obligados a adquirir, y los cinco chelines de este paisano, siendo nuestros primeros frutos, y viniendo tan estacionalmente, me dieron más placer que cualquier corona que haya ganado desde entonces; y la gratitud que sentí hacia House me ha hecho muchas veces más lista que quizá debería haber sido de otra manera ayudar a los jóvenes principiantes.

Hay cornaleros en todos los países, siempre augurando su ruina. Tal entonces vivía en Filadelfia; una persona notoria, un anciano, con una mirada sabia y una manera muy grave de hablar; se llamaba Samuel Mickle. Este señor, un extraño para mí, se detuvo un día en mi puerta, y me preguntó si yo era el joven que últimamente había abierto una nueva imprenta. Al ser respondido afirmativamente, dijo que lo sentía por mí, porque era una empresa cara, y el gasto se perdería; para Filadelfia era un lugar que se hundía, la gente ya medio quiebra, o cerca de serlo; todas las apariencias al contrario, como edificios nuevos y el aumento de rentas, siendo a su cierto conocimiento falaz; porque estaban, de hecho, entre las cosas que pronto nos arruinarían. Y me dio tal detalle de desgracias que ahora existen, o que pronto iban a existir, que me dejó medio melancólico. Si lo hubiera conocido antes de dedicarme a este negocio, probablemente nunca debería haberlo hecho. Este hombre siguió viviendo en este lugar en descomposición, y declamando en la misma cepa, negándose durante muchos años a comprar una casa ahí, porque todo iba a la destrucción; y al fin tuve el placer de verlo dar cinco veces más por uno de lo que podría haberla comprado para cuando empezó a croar por primera vez.

Debería haber mencionado antes, que, en el otoño del año anterior, tuve la mayor parte de mi ingenioso conocido en un club de mejora mutua, al que llamábamos el Junto; nos reunimos los viernes por la noche. Las reglas que elaboré requerían que cada miembro, a su vez, produjera una o más consultas sobre cualquier punto de la moral, la política o la filosofía natural, para ser discutidas por la empresa; y una vez cada tres meses elaborara y leyera un ensayo de su propia escritura, sobre cualquier tema que le agradara. Nuestros debates iban a estar bajo la dirección de un presidente, y ser conducidos con el sincero espíritu de indagación después de la verdad, sin afición por la disputa, ni deseo de victoria; y, para evitar el calor, todas las expresiones de positividad en las opiniones, o contradicción directa, fueron después de algún tiempo hechas de contrabando, y prohibido bajo pequeñas penas pecuniarias.

Los primeros miembros fueron Joseph Breintnal, un copiador de hechos para los escribanos, un hombre bondadoso, amable, medio-ag'd, un gran amante de la poesía, leyendo todo lo que pudo reunirse y escribir algunos que fuera tolerable; muy ingenioso en muchos pequeños Nicknackeries, y de una conversación sensata.

Thomas Godfrey, matemático autodidacta, genial a su manera, y luego inventor de lo que ahora se llama Quadrant de Hadley. Pero sabía poco fuera de su camino, y no era un compañero agradable; como, como la mayoría de los grandes matemáticos con los que me he encontrado, esperaba una precisión universal en todo lo dicho, o fue para siempre negando o distinguiendo sobre bagatelas, a la perturbación de toda conversación. Pronto nos dejó.

Nicholas Scull, un topógrafo, después topógrafo general, que amaba los libros, y a veces hacía algunos versos.

William Parsons, criado a un zapatero, pero amante de la lectura, había adquirido una parte considerable de las matemáticas, que primero estudió con miras a la astrología, que luego arrojó en ella. También se convirtió en topógrafo general.

William Maugridge, un carpintero, un mecánico de lo más exquisito y un hombre sólido y sensato.

Hugh Meredith, Stephen Potts y George Webb que he caracterizado antes.

Robert Grace, un joven caballero de alguna fortuna, generoso, animado e ingenioso; un amante del juego de palabras y de sus amigos.

Y William Coleman, entonces empleado de comerciante, de mi edad, que tenía la cabeza más fresca, clara, el mejor corazón, y la moral más exacta de casi cualquier hombre con el que haya conocido. Posteriormente se convirtió en un comerciante de gran nota, y en uno de nuestros jueces provinciales. Nuestra amistad continuó sin interrupción hasta su muerte, más de cuarenta años; y el club continuó casi tanto tiempo, y fue la mejor escuela de filosofía, moralidad y política que entonces existía en la provincia; para nuestras consultas, que fueron leídas la semana anterior a su discusión, nos pusieron a leer con atención a los diversos temas, para que podamos hablar más del propósito; y aquí, también, adquirimos mejores hábitos de conversación, todo lo que se estudia en nuestras reglas que podría impedir que nos asquerasemos mutuamente. De ahí la larga continuidad del club, del que tendré ocasión frecuente de hablar más adelante.

Pero mi dar esta cuenta de ello aquí es para mostrar algo del interés que tenía, cada uno de estos esforzándose en recomendarnos negocios. Breintnal particularmente nos procuró de los cuáqueros la impresión de cuarenta hojas de su historia, siendo el resto para ser hechas por Keimer; y sobre esto trabajamos muy duro, porque el precio era bajo. Era un folio, tamaño pro patria, en pica, con notas largas de imprimación. Compilaba de ella una hoja al día, y Meredith la trabajaba en la prensa; a menudo eran las once de la noche, y a veces más tarde, antes de que terminara mi distribución para el trabajo del día siguiente, para los pequeños jobs enviados por nuestros otros amigos de vez en cuando nos volvían a poner. Pero así determin'd estaba para seguir haciendo una sábana al día del folio, que una noche, cuando, habiendo impos 'd mis formularios, pensé que mi día de trabajo terminado, uno de ellos por accidente estaba roto, y dos páginas reducidas a pi, inmediatamente distribuí y compos de nuevo antes de irme a la cama; y esta industria, visible a nuestros vecinos, comenzó a darnos carácter y crédito; particularmente, me dijeron, esa mención que se hacía de la nueva imprenta en el club Every-night de los comerciantes, la opinión general era que debía fallar, ya había dos impresores en el lugar, Keimer y Bradford; pero el doctor Baird (a quien usted y yo vimos muchos años después en su lugar natal, San Andrés en Escocia) dio una opinión contraria: "Para la industria de ese Franklin", dice él, "es superior a cualquier cosa que haya visto de ese tipo; lo veo todavía en el trabajo cuando voy a casa del club, y vuelve a estar en el trabajo antes de que sus vecinos se levanten de la cama". Esto golpeó al resto, y poco después tuvimos ofertas de uno de ellos para abastecernos de papelería; pero hasta el momento no nos chuse para dedicarnos al negocio de las tiendas.

Menciono esta industria cuanto más particularmente y con más libertad, tho' parece estar hablando en mis propios elogios, para que los de mi posteridad, que la lean, puedan conocer el uso de esa virtud, cuando vean sus efectos a mi favor a lo largo de esta relación.

George Webb, quien había encontrado a una amiga que le prestó con lo que para comprar su tiempo de Keimer, ahora vino a ofrecerse como oficial a nosotros. No podíamos entonces implosionarlo; pero tontamente le hice saber como secreto que pronto pretendía comenzar un periódico, y entonces podría tener trabajo para él. Mis esperanzas de éxito, como le dije, se fundaron en esto, que el entonces único periódico, impreso por Bradford, era algo miserable, miserablemente manag'd, de ninguna manera entretenido, y sin embargo era rentable para él; por lo tanto pensé que un buen papel apenas fallaría de buen aliento. Le solicité a Webb que no lo mencionara; pero se lo contó a Keimer, quien de inmediato, para estar conmigo de antemano, publicó propuestas para imprimir uno él mismo, en el que Webb iba a ser empleado. Esto me molestaba; y, para contrarrestarlos, como aún no podía comenzar nuestro trabajo, escribí varias piezas de entretenimiento para La ponencia de Bradford, bajo el título de The Busy Body, que Breintnal continuó algunos meses. Por este medio la atención del público se fijó en ese papel, y las propuestas de Keimer, que burlesqu y ridicul 'd, fueron desatendidas. Empezó su papel, sin embargo, y, después de cargarlo en tres cuartos de año, con como mucho solo noventa suscriptores, me lo ofreció por un poco; y yo, habiendo estado listo algún tiempo para continuar con él, lo tomé en la mano directamente; y me lo prov había en unos años sumamente rentable.

Percibo que soy apto para hablar en el número singular, aunque nuestra asociación todavía continu 'd; la razón puede ser que, de hecho, toda la gestión del negocio recayó sobre mí. Meredith no era compositora, pobre pressman, y rara vez sobria. Mis amigos lamentaban mi conexión con él, pero yo iba a sacar lo mejor de ella.

Nuestros primeros papeles hicieron una aparición bastante diferente a cualquier anterior en la provincia; un mejor tipo, y mejor impreso; pero algunas observaciones enérgicas de mi escritura, sobre la disputa que entonces estaba pasando entre el gobernador Burnet y la Asamblea de Massachusetts, golpearon a la gente principal, ocasionaron el papel y el gerente de que se hablaría mucho, y en unas semanas los trajimos a todos para ser nuestros suscriptores.

Su ejemplo fue seguido por muchos, y nuestro número siguió creciendo continuamente. Este fue uno de los primeros buenos efectos de mi haber aprendido un poco a garabatear; otro fue, que los protagonistas, al ver un periódico ahora en manos de alguien que también podía manejar un bolígrafo, pensaron conveniente obligarme y animarme. Bradford todavía imprimió los votos, y las leyes, y otros negocios públicos. Había impreso una dirección de la Cámara al gobernador, de manera tosca, torpe, la reimprimimos

de manera elegante y correcta, y enviamos una a cada miembro. Eran sensatos de la diferencia: fortaleció las manos de nuestros amigos en la Cámara, y nos votaron sus impresoras para el año siguiente.

Entre mis amigos de la Cámara no debo olvidar al señor Hamilton, antes mencionado, quien luego regresó de Inglaterra, y tenía un asiento en ella. Se interesó fuertemente por mí en esa instancia, como lo hizo en muchos otros después, continuando su mecenazgo hasta su muerte.

Señor Vernon, acerca de esta vez, me puso en mente de la deuda que le tenía, pero no me presionó. Yo le escribí una carta de reconocimiento ingenua, crav'd su indulgencia un poco más larga, que me permitió, y en cuanto pude, le pagué al director con intereses, y muchas gracias; así que esa errata fue en cierto grado corregida.

Pero ahora me vino otra dificultad que nunca tuve la menor razón para esperar. El padre del señor Meredith, que iba a haber pagado por nuestra imprenta, según las expectativas que me dieron, solo pudo adelantar cien libras de moneda, que se había pagado; y cien más se debió al comerciante, que se impacientó, y nos suía a todos. Damos fianza, pero vimos que, si el dinero no podía ser rais a tiempo, la demanda pronto debía llegar a un juicio y ejecución, y nuestras perspectivas esperanzadoras deben, con nosotros, arruinarse, ya que la prensa y las cartas deben venderse para su pago, tal vez a mitad de precio.

En esta aflicción dos verdaderos amigos, cuya amabilidad nunca he olvidado, ni jamás olvidaré mientras pueda recordar algo, vinieron a mí por separado, desconocidos entre sí, y, sin ninguna aplicación mía, ofreciéndome a cada uno de ellos para adelantarme todo el dinero que debería ser necesario para permitirme tomar el todo el asunto sobre mí, si eso fuera practicable; pero no les gustó que continuara la asociación con Meredith, a quien, como decían, a menudo se la veía borracha en las calles, y jugando en juegos bajos en alehouses, para nuestro descrédito. Estos dos amigos eran William Coleman y Robert Grace. Les dije que no podía proponer una separación mientras quedara cualquier perspectiva de que los Merediths cumplieran su parte de nuestro acuerdo, porque me creí bajo grandes obligaciones con ellos por lo que habían hecho, y lo harían si pudieran; pero, si finalmente fallaban en su desempeño, y nuestra asociación debe ser disuelto, entonces debería pensarme en libertad de aceptar la ayuda de mis amigos.

Así el asunto descansó por algún tiempo, cuando le dije a mi pareja: “Quizás tu padre esté insatisfecho por la parte que has emprendido en este asunto nuestro, y no está dispuesto a avanzar por ti y para mí lo que él haría solo por ti. Si ese es el caso, dígame, y renunciaré el todo a usted, y me ocuparé de mis asuntos”. “No”, dijo, “mi padre realmente se ha decepcionado, y es realmente incapaz; y no estoy dispuesto a angustiarse más. Veo que este es un negocio para el que no soy apto. Me criaron granjero, y fue una locura en mí venir a la ciudad, y ponerme, a los treinta años de edad, aprendiz para aprender un nuevo oficio. Muchos de nuestros galeses se van a instalar en Carolina del Norte, donde la tierra es barata. Estoy inclinado para ir con ellos, y seguir mi antiguo empleo. Puedes encontrar amigos que te ayuden. Si vas a tomar sobre ti las deudas de la compañía; devolverle a mi padre las cien libras que ha adelantado; paga mis pequeñas deudas personales, y dame treinta libras y una silla nueva, renunciaré a la sociedad, y dejaré el todo en tus manos”. Acepté esta propuesta: se redactó por escrito, se firmó y se selló de inmediato. Yo le di lo que exigía, y poco después se fue a Carolina, de donde me envió el próximo año dos cartas largas, conteniendo la mejor cuenta que se le había dado de ese país, el clima, el suelo, la ganadería, etc., pues en esos asuntos era muy juicioso. Los imprimí en los periódicos, y dieron gran satisfacción al público.

Tan pronto como él se fue, recurría a mis dos amigos; y como tampoco le daría una preferencia cruel a ninguno, tomé la mitad de lo que cada uno había ofrecido y quería de uno, 65 y mitad del otro; pagué las deudas de la compañía, y continué con el negocio a mi propio nombre, anunciando que la asociación era disuelto. Creo que esto fue en o alrededor del año 1729.

Acerca de esta época hubo un grito entre la gente por más papel moneda, solo existiendo quince mil libras en la provincia, y que pronto se hundirá. Los habitantes adinerados optaron por cualquier adición, estando en contra de todo papel moneda, desde la aprehensión de que se depreciaría, como lo había hecho en Nueva Inglaterra, hasta el perjuicio de todos los acreedores. Habíamos discutido este punto en nuestro Junto, donde estaba del lado de una adición, siendo persuadido de que la primera pequeña suma golpeada en 1723 había hecho mucho bien al aumentar el comercio, el empleo, y el número de habitantes en la provincia, ya que ahora vi todas las casas antiguas habitadas, y muchas nuevas construyendo: mientras que recordaba bien, que cuando caminaba por primera vez por las calles de Filadelfia, comiéndome mi rollo, vi la mayoría de las casas en la calle Walnut-street, entre las calles Second y Front, con facturas en sus puertas, “To be let”; y muchas igualmente en Chestnut-street y otras calles, lo que me hizo entonces pensar en el habitantes de la ciudad la abandonaban uno tras otro.

Nuestros debates me poseen tan plenamente del tema, que escribí e imprimí en él un panfleto anónimo, titulado “La naturaleza y la necesidad de una moneda de papel”. Fue bien recibida por la gente común en general; pero los ricos lo desagradaron, porque increas y fortalecieron el clamor por más dinero, y por casualidad no tienen escritores entre ellos que fueran capaces de

responderle, su oposición se aflojó, y el punto fue llevado por una mayoría en la Cámara. Mis amigos ahí, que pensaban que había sido de algún servicio, pensaron adecuados para recompensarme empleándome en la impresión del dinero; un trabajo muy rentable y de gran ayuda para mí. Esta fue otra ventaja ganada por mi poder escribir.

La utilidad de esta moneda se hizo por tiempo y experiencia tan evidente como nunca después para ser muy disputada; de manera que creció pronto a cincuenta y cinco mil libras, y en 1739 a ochenta mil libras, desde que surgió durante la guerra a más de trescientos cincuenta mil libras, comercio, construcción, y habitantes a la vez que aumentan, tho' ahora pienso que hay límites más allá de los cuales la cantidad puede ser hiriente.

Poco después obtuve, thro' mi amigo Hamilton, la impresión del papel moneda Newcastle, otro trabajo rentable como entonces lo pensé; las pequeñas cosas le parecían geniales a los que se encontraban en pequeñas circunstancias; y estas, para mí, eran realmente grandes ventajas, ya que eran grandes estímulos. Él procuró para mí, también, la impresión de las leyes y votos de ese gobierno, los cuales continuarían en mis manos siempre y cuando yo siga el negocio.

Ahora abro una pequeña tienda de papelería. Tenía en ella espacios en blanco de todo tipo, los más correctos que jamás aparecerían entre nosotros, siendo asistido en eso por mi amigo Breintnal. Yo también tenía papel, pergamino, libros de chapmen, etc. Un Whitemash, un compositor que había conocido en Londres, un excelente obrero, ahora vino a mí, y trabajaba conmigo constante y diligentemente; y tomé un aprendiz, el hijo de Aquila Rose.

Empecé ahora poco a poco a pagar la deuda que me quedaba por la imprenta. Para asegurar mi crédito y carácter como comerciante, me preocupé no sólo de ser en realidad trabajador y frugal, sino de evitar todas las apariencias en sentido contrario. Drest claro; me vieron en ningún lugar de distracción ociosa. Nunca salí de pesca o de tiro; un libro, de hecho, a veces me liberaba de mi trabajo, pero eso rara vez era, ceñido, y no daba escándalo; y, para demostrar que no estaba por encima de mi negocio, a veces traía a casa el papel que compraba en las tiendas a lo largo de las calles en una carretilla. Siendo así estima a un joven trabajador y próspero, y pagando debidamente por lo que compré, los comerciantes que importaban papelería solicitaron mi costumbre; otros me propusieron suministrarme libros, y seguí a la perfección. Mientras tanto, el crédito y el negocio de Keimer decayeron diariamente, por fin se le forzó a vender su imprenta para satisfacer a sus acreedores. Fue a Barbadoes, y allí vivieron algunos años en muy malas circunstancias.

Su aprendiz, David Harry, a quien había instruido mientras trabajaba con él, se instaló en su lugar en Filadelfia, habiendo comprado sus materiales. Al principio estaba aprensivo de un poderoso rival en Harry, ya que sus amigos eran muy capaces, y tenían mucho interés. Por lo tanto, le propongo una asociación que él, afortunadamente para mí, rechazó con desprecio. Estaba muy orgulloso, se vestía como un caballero, vivía caro, tomaba mucha diversión y placer en el extranjero, corría endeudado y descuidaba su negocio; sobre lo cual, todos los negocios lo dejaron; y, sin encontrar nada que hacer, siguió a Keimer hasta Barbadoes, llevándose consigo la imprenta. Allí este aprendiz empleaba a su antiguo maestro como oficial; peleaban a menudo; Harry iba continuamente detrás, y por mucho tiempo estaba obligado a vender sus tipos y regresar a su trabajo campestre en Pensilvania. La persona que los compró empleó a Keimer para usarlos, pero en unos años murió.

Ahora no quedaba ningún competidor conmigo en Filadelfia sino el viejo, Bradford; quien era rico y fácil, hacía un poco de impresión de vez en cuando por manos rezagadas, pero no estaba muy ansioso por el negocio. No obstante, al guardar el correo, se imaginaba que tenía mejores oportunidades de obtener noticias; su periódico se pensaba que era un mejor distribuidor de anuncios que el mío, y por lo tanto tenía muchos más, lo cual era algo rentable para él, y una desventaja para mí; pues, tho' efectivamente recibí y envié papeles por el post, sin embargo la opinión del público era de otra manera, pues lo que sí envié fue sobornando a los jinetes, quienes los tomaron en privado, siendo Bradford lo suficientemente cruel como para prohibirlo, que ocasión tuvo algún resentimiento de mi parte; y pensé tan mezquino de él por ello, que, cuando después entré en su situación, me encargué nunca para imitarlo.

Hasta ahora había continuado a abordar con Godfrey, que vivía en parte de mi casa con su esposa e hijos, y tenía un lado de la tienda para el negocio de su vidriero, aunque trabajaba poco, siempre estando absorto en sus matemáticas. La señora Godfrey me proyectó un partido con la hija de un pariente, aprovechó la oportunidad de reunirnos a menudo, hasta que un noviazgo serio de mi parte ensu'd, siendo la chica en sí misma muy merecedora. Los viejos me animaban con continuas invitaciones a cenar, y dejándonos juntos, hasta que finalmente llegó el momento de explicar. La señora Godfrey managó nuestro pequeño tratado. Le hice saber que esperaba tanto dinero con su hija como pagaría mi deuda restante por la imprenta, que creo que entonces no estaba por encima de las cien libras. Ella me dijo que no tenían tal suma de sobra; dije que podrían hipotecar su casa en la oficina del préstamo. La respuesta a esto, después de algunos días, fue, que no aprobaron el partido; que, a indagación de Bradford, les habían informado que el negocio de la imprenta no era rentable; los tipos pronto estarían desgastados, y más buscados; que S. Keimer y D.

Harry habían fallado uno tras otro, y probablemente debería pronto los seguiré; y, por tanto, se me prohibió la casa, y la hija se calló.

Si esto fue un verdadero cambio de sentimiento o solo artificio, bajo la suposición de que estamos demasiado comprometidos con el afecto para retractarnos, y por lo tanto que deberíamos robar un matrimonio, lo que los dejaría en libertad para dar o retener lo que suplicaban, no sé; pero sospeché de esto último, lo resentí, y fui no más. La señora Godfrey me trajo después algunos relatos más favorables de su disposición, y me habría atraído de nuevo; pero declaré absolutamente mi resolución de no tener nada más que ver con esa familia. Esto fue resentido por los Godfreys; nosotros diferimos, y se quitaron, dejándome toda la casa, y resolví no tomar más internos.

Pero este asunto habiendo convertido mis pensamientos hacia el matrimonio, miré a mi alrededor e hice oberturas de conocimiento en otros lugares; pero pronto descubrí que, el negocio de una imprenta generalmente se pensaba pobre, no iba a esperar dinero con una esposa, a menos que con una tal que no debería pensar de otra manera agradable. Mientras tanto, esa pasión de la juventud difícil de gobernar me apresuraba frecuentemente a meterme en intrigas con mujeres bajas que caían en mi camino, las cuales fueron atendidas con algún gasto y grandes inconvenientes, además de un continuo subidón a mi salud por un moquillo que de todas las cosas temía, aunque por mucha buena suerte me se le escapó. Una correspondencia amistosa como vecinos y viejos conocidos había continuado entre yo y la familia de la señora Read, quienes todos me tenían un respeto desde el momento de mi primer hospedaje en su casa. A menudo me invitaban allí y me consultaban en sus asuntos, en los que a veces me servía. Yo pití la desafortunada situación de la pobre señorita Read, que generalmente estaba abatida, rara vez alegre, y evitó la compañía. Consideré mi vértigo e inconstancia cuando estaba en Londres como en gran medida la causa de su infelicidad, aunque la madre era lo suficientemente buena como para pensar la culpa más suya que la mía, ya que había impedido que nos casáramos antes de que yo fuera allí, y persuadió al otro partido en mi ausencia. Nuestro afecto mutuo fue revivido, pero ahora hubo grandes objeciones a nuestra unión. De hecho, el partido fue visto como inválido, se decía que una esposa anterior vivía en Inglaterra; pero esto no podía fácilmente ser prov 'd, debido a la distancia; y, aunque había un reporte de su muerte, no era seguro. Entonces, aunque debería ser cierto, había dejado muchas deudas, que su sucesor podría ser llamado a pagar. Nos aventuramos, sin embargo, sobre todas estas dificultades, y la llevé a esposa, el 1 de septiembre de 1730. No pasó ninguno de los inconvenientes que habíamos aprehendido; ella demostró ser una buena y fiel compañera, me ayudó mucho asistiendo a la tienda; nos lanzamos juntos, y alguna vez nos hemos esforzado mutuamente por hacernos felices unos a otros. Así corrigí esa gran errata tan bien como pude.

Alrededor de este tiempo, nuestra reunión de club, no en una taberna, sino en una pequeña habitación del señor Grace, apartada para ese propósito, yo hice una proposición, que, dado que nuestros libros a menudo se referían a en nuestras disquisiciones a raíz de las consultas, podría ser conveniente para nosotros tenerlos por completo donde nos conocimos, que al ocasión en que pudieran ser consultados; y al juntar así nuestros libros a una biblioteca común, deberíamos, si bien nos gustaría mantenerlos juntos, tener a cada uno de nosotros la ventaja de usar los libros de todos los demás miembros, lo que sería casi tan beneficioso como si cada uno poseyera el todo. Estaba bien y estuvo de acuerdo, y llenamos un extremo de la habitación con los libros que mejor podríamos sobra. El número no era tan grande como esperábamos; y aquello' habían sido de gran utilidad, sin embargo, ocurrieron algunos inconvenientes por falta de cuidado debido de ellos, la colección, después de aproximadamente un año, se separó, y cada uno se llevó sus libros a casa de nuevo.

Y ahora pongo a pie mi primer proyecto de carácter público, eso para una biblioteca por suscripción. Yo elaboré las propuestas, las puse en forma por nuestro gran escribano, Brockden, y, con la ayuda de mis amigos en el Junto, conseguí cincuenta suscriptores de cuarenta chelines cada uno para empezar, y diez chelines al año por cincuenta años, el término que nuestra compañía iba a continuar. Posteriormente obtuvimos una carta, incrementándose la compañía a cien: esta era la madre de todas las bibliotecas de suscripción norteamericanas, ahora tan numerosas. Se convierte en una gran cosa en sí misma, y en continuo aumento. Estas bibliotecas han mejorado la conversación general de los estadounidenses, han hecho que los comerciantes y agricultores comunes sean tan inteligentes como la mayoría de los caballeros de otros países, y tal vez han contribuido en cierta medida al estrado tan generalmente hecho a lo largo de las colonias en defensa de sus privilegios.

Memorándum. Hasta el momento fue escrito con la intención expresad al principio y por lo tanto contiene varias pequeñas anécdotas familiares de ninguna importancia para los demás. Lo que sigue fue escrito muchos años después en cumplimiento de los consejos que contienen en estas cartas, y en consecuencia se destinó al público. Los asuntos de la Revolución ocasionaron la interrupción.

Parte II

Carta del señor Abel James, con Notas de mi Vida (recibida en París).

“MI AMIGO QUERIDO Y HONORADO: A menudo he estado deseoso de escribirte, pero no pude reconciliarme con la idea de que la carta pudiera caer en manos de los británicos, no sea que algún impresor o entrometido cuerpo publicara alguna parte de los contenidos, y le dé dolor a nuestro amigo, y yo mismo censurar.

“Algún tiempo desde que cayeron en mis manos, para mi gran alegría, unas veintitrés hojas en tu propia letra, que contenían un relato de la paternidad y vida de ti mismo, dirigido a tu hijo, terminando en el año 1730, con el que había notas, así mismo en tu escritura; copia de la cual incluyo, con la esperanza de que pueda ser un medio, si lo continuaste hasta un periodo posterior, para que la primera y la segunda parte se armaran; y si aún no se continúa, espero que no la retrases. La vida es incierta, como nos dice el predicador; y qué dirá el mundo si Ben amable, humano y benevolente. Franklin debería dejar a sus amigos y al mundo privado de una obra tan agradable y rentable; ¿una obra que sería útil y entretenida no sólo para unos pocos, sino para millones? La influencia que los escritos bajo esa clase tienen en la mente de los jóvenes es muy grande, y en ninguna parte me ha aparecido tan claro, como en los diarios de nuestros amigos públicos. Conduce casi insensiblemente a los jóvenes a la resolución de esforzarse por llegar a ser tan buenos y eminentes como el periodista. Si el tuyo, por ejemplo, cuando se publique (y creo que no podría fallarlo), llevar a la juventud a igualar la industria y templanza de tu juventud temprana, ¡qué bendición con esa clase sería tal obra! No conozco ningún personaje vivo, ni muchos de ellos juntos, que tiene tanto en su poder como a ti mismo para promover un mayor espíritu de industria y atención temprana a los negocios, la frugalidad y la templanza con la juventud estadounidense. No es que piense que la obra no tendría otro mérito y uso en el mundo, ni mucho menos; pero la primera es de tan vasta importancia que no sé nada que pueda igualarla”.

El escrito anterior y las minutas que lo acompañan mostrándose a un amigo, recibí de él lo siguiente: El escrito anterior y el acta que lo acompaña mostrándose a un amigo, recibí de él lo siguiente:

Carta del señor Benjamín Vaughan.

“París, 31 de enero de 1783.

“Mi querido señor: Cuando había leído sus hojas de actas de los principales incidentes de su vida, recuperados para usted por su conocido cuáquero, le dije que le enviaría una carta expresando mis razones por las que pensé que sería útil completarla y publicarla como él deseara. Diversas preocupaciones han impedido desde hace algún tiempo que esta carta se escribiera, y no sé si valió la pena alguna expectativa; pasando a estar libre, sin embargo, en la actualidad, voy a por escrito, al menos interesarme e instruirme; pero como los términos que me inclino a usar pueden tender a ofender a una persona de tus modales, sólo te diré cómo me dirigiría a cualquier otra persona, que era tan buena y tan grande como tú, pero menos difusa. Yo le diría, señor, solicito la historia de su vida por los siguientes motivos: Su historia es tan notable, que si no la da, alguien más ciertamente la dará; y tal vez para casi hacer tanto daño, como su propia gestión de la cosa podría hacer bien. Además, presentará una tabla de las circunstancias internas de su país, que tenderá mucho a invitar a él a colonos de mentes virtuosas y varoniles. Y considerando el afán con que ellos buscan dicha información, y el alcance de su reputación, no conozco un anuncio más eficaz de lo que daría su biografía. Todo lo que te ha pasado está relacionado también con el detalle de las maneras y situación de un pueblo en ascenso; y en este sentido no creo que los escritos de César y Tácito puedan ser más interesantes para un verdadero juez de la naturaleza humana y de la sociedad. Pero estas, señor, son pequeñas razones, en mi opinión, comparadas con la oportunidad que su vida dará para la formación de futuros grandes hombres; y en conjunto con su Arte de la Virtud (que diseña para publicar) de mejorar las características del carácter privado, y consecuentemente de ayudar a toda felicidad, tanto pública y domésticos. Las dos obras a las que aludido, señor, darán en particular una regla noble y un ejemplo de autoeducación. La escuela y otra educación proceden constantemente sobre principios falsos, y muestran un aparato torpe apuntado a una marca falsa; pero tu aparato es simple, y la marca una verdadera; y mientras los padres y jóvenes se dejan sin recursos de otros medios justos de estimar y prepararse para un curso razonable en vida, tu descubrimiento de que la cosa está en el poder privado de muchos hombres, ¡será invaluable! La influencia sobre el carácter privado, tarde en la vida, no es sólo una influencia tardía en la vida, sino una influencia débil. Es en la juventud donde plantamos nuestros principales hábitos y prejuicios; es en la juventud donde tomamos nuestro partido en cuanto a profesión, búsquedas y matrimonio. En la juventud, por lo tanto, se da el turno; en la juventud se da la educación incluso de la siguiente generación; en la juventud se determina el carácter privado y público; y el término de vida que se extiende pero de la juventud a la edad, la vida debe comenzar bien desde la juventud, y más especialmente antes de tomar nuestro partido como a nuestro director objetos. Pero tu biografía no solo enseñará la autoeducación, sino la educación de un hombre sabio; y el hombre más sabio recibirá luces y mejorará su progreso, al ver detallada la conducta de otro hombre sabio. Y ¿por qué hay que privar a los hombres más débiles de tales ayudas, cuando vemos que nuestra raza ha estado tropezando en la oscuridad, casi sin guía en este particular, desde el más lejano rastro del tiempo? Muéstrale entonces, señor, cuánto hay que hacer, tanto a los hijos como a los padres; e invita a todos los sabios a llegar a ser como usted, y a los demás hombres a volverse sabios. Cuando vemos lo crueles que

pueden ser los estadistas y guerreros con la raza humana, y cuán absurdos pueden ser los hombres distinguidos con su conocimiento, será instructivo observar las instancias multiplicadas de modales pacíficas, aquiescentes; y encontrar lo compatible que es ser grande y doméstico, envidiable y, sin embargo, de buen humor.

“Los pequeños incidentes privados que también tendrá que relatar, tendrán un uso considerable, ya que queremos, sobre todo, reglas de prudencia en los asuntos ordinarios; y será curioso ver cómo ha actuado en estos. Será hasta ahora una especie de clave para la vida, y explicar muchas cosas que todos los hombres debieron haberles explicado una vez, para darles la oportunidad de volverse sabios por previsión. Lo más cercano a tener experiencia propia, es que nos traigan los asuntos ajenos en una forma que sea interesante; esto seguramente sucederá desde tu pluma; nuestros asuntos y gestión tendrán un aire de sencillez o importancia que no dejará de golpear; y estoy convencido de que has dirigido ellos con tanta originalidad como si hubieras estado llevando a cabo discusiones en política o filosofía; y ¿qué más digno de experimentos y sistema (su importancia y sus errores considerados) que la vida humana?

“Algunos hombres han sido ciegamente virtuosos, otros han especulado fantásticamente, y otros han sido astutos con malos propósitos; pero usted, señor, estoy seguro, va a dar bajo su mano, nada más que lo que es al mismo momento, sabio, práctico y bueno. Tu relato de ti mismo (porque supongo que el paralelo que estoy dibujando para el doctor Franklin, se mantendrá no sólo en punto de carácter, sino de historia privada) demostrará que te avergüenzas de ningún origen; cosa más importante, ya que demuestras lo poco necesario que es todo origen para la felicidad, la virtud, o la grandeza. Como tampoco ocurre fin sin un medio, entonces encontraremos, señor, que incluso usted mismo enmarcó un plan por el que se hizo considerable; pero al mismo tiempo podemos ver que aunque el evento es halagador, los medios son tan simples como la sabiduría podría hacerlos; es decir, dependiendo de la naturaleza, virtud, pensamiento y hábito. Otra cosa demostrada será la propiedad de que cada hombre espere su tiempo para aparecer en la escena del mundo. Siendo nuestras sensaciones muy fijas al momento, somos propensos a olvidar que más momentos van a seguir al primero, y en consecuencia ese hombre debe arreglar su conducta para que se adapte a toda una vida. Tu atribución parece haber sido aplicada a tu vida, y los momentos que pasan de la misma se han amenizado con contenido y disfrute, en lugar de ser atormentado con impaciencia tonta o arrepentimientos. Tal conducta es fácil para quienes hacen la virtud y para ellos mismos en semblante con ejemplos de otros hombres verdaderamente grandes, de los cuales la paciencia suele ser la característica. Su corresponsal cuáquero, señor (porque aquí de nuevo voy a suponer el tema de mi carta parecida al doctor Franklin), elogió su frugalidad, diligencia y templanza, que consideró como un patrón para toda la juventud; pero es singular que debió haber olvidado su modestia y su desinterés, sin los cuales nunca podrías haber esperado tu avance, o haber encontrado cómoda tu situación en el medio tiempo; lo cual es una fuerte lección para mostrar la pobreza de la gloria y la importancia de regular nuestras mentes. Si este corresponsal hubiera conocido la naturaleza de tu reputación tan bien como yo, él hubiera dicho, Tus escritos y medidas anteriores asegurarían la atención a tu Biografía, y Arte de la Virtud; y tu Biografía y Arte de la Virtud, a cambio, asegurarían la atención sobre ellos. Esta es una ventaja que acompaña a un personaje diverso, y que pone en mayor juego todo lo que le pertenece; y es la más útil, ya que quizás más personas están perdidas por los medios para mejorar sus mentes y personajes, de lo que son por el momento o la inclinación a hacerlo. Pero hay una reflexión concluyente, señor, que harán estas representaciones a los diversos puntos de vista antes señalados. Si incluso resultaran infructuosos en todo lo que un admirador sanguino tuyo espera de ellos, al menos habrás enmarcado piezas para interesar a la mente humana; y quien dé una sensación de placer que es inocente para el hombre, ha sumado tanto al lado justo de una vida de otra manera demasiado oscurecida por la ansiedad y también muy lesionado por el dolor. Con la esperanza, pues, de que escuche la oración que se le dirige en esta carta, le ruego que me suscriba a mí mismo, mi querido señor, etcétera, etcétera, muestre el uso de su vida como mera pieza de biografía. Este estilo de escritura parece un poco pasado de moda, y sin embargo es muy útil; y su espécimen del mismo puede ser particularmente útil, ya que hará un tema de comparación con la vida de diversos asesinos e intrigantes públicos, y con absurdos autotorturadores monásticos o vanidosos tontos literarios. Si fomenta más escritos del mismo tipo con los suyos, e induce a más hombres a pasar vidas aptas para ser escritas, valdrá la pena todas las Vidas de Plutarco juntas. Pero estando cansado de imaginarme un personaje del que cada característica se adapte a un solo hombre en el mundo, sin darle el elogio de ello, terminaré mi carta, mi querido doctor Franklin, con una aplicación personal a su propio yo. Estoy sinceramente deseoso, entonces, mi querido señor, de que deje entrar al mundo en los rasgos de su carácter genuino, ya que las astillas civiles podrían de otra manera tender a disfrazarlo o traducirlo. Considerando tu gran edad, la cautela de tu personaje, y tu peculiar estilo de pensamiento, no es probable que alguien además de ti pueda ser suficientemente maestro de los hechos de tu vida, o de las intenciones de tu mente. Además de todo esto, la inmensa revolución del periodo actual, necesariamente girará nuestra atención hacia el autor de la misma, y cuando en ella se hayan pretendido principios virtuosos, será muy importante demostrar que tales han influido realmente; y, como tu propio personaje será el principal para recibir un escrutinio, es apropiado (incluso por sus efectos sobre su vasto y creciente país, así como sobre Inglaterra y sobre Europa) que se mantenga respetable y eterno. Para la promoción de la felicidad humana, siempre he sostenido que es necesario demostrar que el hombre ni siquiera es en la actualidad un animal vicioso y detestable; y aún más para

demostrar que la buena gestión le puede enmendar en gran medida; y es por mucho la misma razón, que estoy ansioso por ver establecida la opinión, que existen personajes justos entre los individuos de la raza; por el momento en que todos los hombres, sin excepción, sean concebidos abandonados, las buenas personas cesarán los esfuerzos considerados desesperados, y tal vez pensarán en llevarse su parte en la lucha de la vida, o al menos en hacerla cómoda principalmente para ellos mismos. Toma entonces, mi querido señor, esta obra muy rápidamente en la mano: muéstrate bien como eres bueno; templado como templado; y sobre todo, demuéststrate como uno, que desde tu infancia ha amado la justicia, la libertad y la concordia, de una manera que ha hecho natural y consistente que hayas actuado, como nosotros te han visto actuar en los últimos diecisiete años de tu vida. Que los ingleses sean hechos no sólo para respetarte, sino incluso para amarte. Cuando piensen bien en los individuos de tu país natal, se acercarán más a pensar bien en tu país; y cuando tus compatriotas se vean bien pensados por los ingleses, se acercarán más a pensar bien en Inglaterra. Extiende aún más tus puntos de vista; no te detengas en los que hablan la lengua inglesa, pero después de haber asentado tantos puntos de la naturaleza y la política, piensa en mejorar a toda la raza masculina. Como no he leído ninguna parte de la vida en cuestión, sino que conozco sólo el personaje que la vivió, escribo algo en peligro. Estoy seguro, sin embargo, de que la vida y el tratado al que aludido (sobre el Arte de la Virtud) cumplirán necesariamente con el jefe de mis expectativas; y más aún si tomas la medida de adecuar

“Firmado, BENJ. VAUGHAN”.

Continuación de la Cuenta de mi Vida, iniciada en Passy, cerca de París, 1784.

Hace algún tiempo que no recibí las cartas anteriores, pero hasta ahora he estado demasiado ocupado para pensar en cumplir con la solicitud que contienen. También podría estar mucho mejor hecho si estuviera en casa entre mis papeles, lo que ayudaría mi memoria, y ayudaría a determinar fechas; pero siendo incierto mi regreso y teniendo justo ahora un poco de ocio, me esforzaré por recordar y escribir lo que pueda; si vivo para llegar a casa, puede que haya sido corregido e improvisado.

Al no tener aquí ninguna copia de lo que ya está escrito, no sé si se da cuenta de los medios que usé para establecer la biblioteca pública de Filadelfia, que, desde un pequeño comienzo, ahora se vuelve tan considerable, aunque recuerdo haber bajado a cerca del tiempo de esa transacción (1730). Por lo tanto, comenzaré aquí con un relato de ello, que puede ser tachado si se descubre que ya se dio.

En el momento en que me establecí en Pensilvania, no había una buena librería en ninguna de las colonias al sur de Boston. En Nueva York y Philad'a los impresores eran de hecho papelería; sólo vendían papel, etc., almanques, baladas, y algunos libros escolares comunes. Los que amaban la lectura estaban obligados a enviar por sus libros desde Inglaterra; los miembros del Junto tenían cada uno unos pocos. Habíamos salido del alehouse, donde nos conocimos por primera vez, y contratamos una habitación para mantener nuestro club en. Yo propongo que todos llevemos nuestros libros a esa sala, donde no sólo estarían listos para consultar en nuestras conferencias, sino que se convertirían en un beneficio común, estando cada uno de nosotros en libertad de pedir prestado como él quisiera leer en casa. Esto se hizo en consecuencia, y desde hace algún tiempo nos conformó.

Al encontrar la ventaja de esta pequeña colección, propongo hacer más común el beneficio de los libros, iniciando una biblioteca pública de suscripción. Dibujé un boceto del plan y reglas que serían necesarias, y obtuve un hábil transportador, el señor Charles Brockden, para poner el conjunto en forma de artículos de acuerdo a suscribir, mediante los cuales cada suscriptor se comprometía a pagar una cierta suma por la primera compra de libros, y una contribución anual para aumentándolos. Tan pocos eran los lectores en ese momento en Filadelfia, y la mayoría de nosotros tan pobres, que no pude, con gran industria; encontrar a más de cincuenta personas, en su mayoría jóvenes comerciantes, dispuestos a pagar para ello cuarenta chelines cada uno, y diez chelines anuales. En este pequeño fondo empezamos. Se importaron los libros; la biblioteca se abrió un día de la semana para prestar a los suscriptores, en sus pagarés para pagar el doble del valor si no se devolvía debidamente. La institución pronto manifestó su utilidad, fue imitada por otros pueblos, y en otras provincias. Las bibliotecas fueron aumentadas con donaciones; la lectura se puso de moda; y nuestra gente, al no tener diversiones públicas para desviar su atención del estudio, se familiarizó mejor con los libros, y en pocos años fueron observadas por extraños para ser mejor instruidos y más inteligentes que personas del mismo rango generalmente se encuentran en otros países.

Cuando estábamos a punto de firmar los artículos antes mencionados, que iban a ser vinculantes para nosotros, nuestros herederos, etc., durante cincuenta años, el señor Brockden, el escribano, nos dijo: “Ustedes son jóvenes, pero es poco probable que alguno de ustedes viva para ver la expiración del término fijo en el instrumento”. Algunos de nosotros, sin embargo, todavía estamos vivos; pero el instrumento fue después de unos años dejado nulo por una carta que incorporó y dio perpetuidad a la empresa.

Las objeciones y relucancias con las que me encontré al solicitar las suscripciones, me hicieron sentir pronto la incorrección de presentarme como proponente de cualquier proyecto útil, que podría suponer elevar la reputación de uno en el menor grado por

encima de la de los vecinos, cuando uno tiene necesidad de su ayuda para lograr ese proyecto. Por lo tanto, me puse todo lo que pude fuera de la vista, y lo declaré como un esquema de una serie de amigos, que me habían solicitado ir y proponerlo a tal como pensaban amantes de la lectura. De esta manera mi aventura transcurrió más suavemente, y siempre la practiqué en tales ocasiones; y, desde mis frecuentes éxitos, puedo recomendarlo de todo corazón. El presente pequeño sacrificio de tu vanidad será luego ampliamente reembolsado. Si queda un tiempo incierto a quién pertenece el mérito, se animará a alguien más vanidoso que usted a reclamarlo, y entonces hasta la envidia estará dispuesta a hacerle justicia arrancando esas supuestas plumas, y restaurándolas a su dueño derecho.

Esta biblioteca me brindó los medios de mejora por el estudio constante, para lo cual aparté una o dos horas cada día, y así reparar en cierta medida la pérdida de la educación aprendida que mi padre alguna vez pretendía para mí. La lectura era la única diversión que me permití. No pasé tiempo en tabernas, juegos o retozos de ningún tipo; y mi industria en mi negocio continuaba siendo tan infatigable como era necesario. Estaba en deuda por mi imprenta; tenía una familia joven que venía a ser educada, y tuve que lidiar por negocios con dos impresores, que estaban establecidos en el lugar antes que yo. Mis circunstancias, sin embargo, se hicieron cada día más fáciles. Mis hábitos originales de frugalidad continúan, y mi padre teniendo, entre sus instrucciones para mí cuando un niño, repetía frecuentemente un proverbio de Salomón, “Ves a un hombre diligente en su vocación, se parará ante reyes, no se parará ante hombres malos”, desde allí consideré la industria como un medio de obteniendo riqueza y distinción, lo que me animó, tho' no pensé que alguna vez debía estar literalmente ante reyes, lo que, sin embargo, ha sucedido desde entonces; porque me he parado antes de las cinco, e incluso tuve el honor de sentarme con uno, el rey de Dinamarca, a cenar.

Tenemos un proverbio inglés que dice: “El que prosperaría, debe preguntarle a su esposa”. Fue una suerte para mí que tuviera uno tanto dispo a la industria y a la frugalidad como a mí mismo. Ella me ayudó alegremente en mi negocio, doblando y cosiendo panfletos, cuidando tienda, comprando trapos viejos de lino para los papeleros, etc., etc. no nos quedamos con sirvientes ociosos, nuestra mesa era sencilla y llana, nuestros muebles de los más baratos. Por ejemplo, mi desayuno era mucho tiempo pan y leche (sin té), y me lo comí de un porringer de tierra doblemente caliente, con una cuchara de peltre. Pero marca cómo el lujo va a entrar a las familias, y hacer un progreso, a pesar de principios: ser llamado una mañana para desayunar, lo encontré en un tazón de China, ¡con una cuchara de plata! Ellos habían sido comprados para mí sin mi conocimiento por mi esposa, y le había costado la enorme suma de tres y veinte chelines, por lo que no tenía otra excusa o disculpa que hacer, sino que pensaba que su marido merecía una cuchara de plata y un bol de China así como a cualquiera de sus vecinos. Esta fue la primera aparición de placa y China en nuestra casa, que después, en un transcurso de años, a medida que nuestra riqueza aumentaba gradualmente a varios cientos de libras en valor.

Yo había sido educado religiosamente como presbiteriano; y esos 'algunos de los dogmas de esa persuasión, como los eternos decretos de Dios, elección, reprobación, etc., me parecieron ininteligibles, otros dudosos, y temprano me ausenté de las asambleas públicas de la secta, siendo el domingo mi día de estudio, yo nunca estuvo sin algunos principios religiosos. Nunca dudé, por ejemplo, de la existencia de la Deidad; que él hizo el mundo, y lo gobernó por su Providencia; que el servicio más aceptable de Dios era hacer el bien al hombre; que nuestras almas son inmortales; y que todo crimen será castigado, y la virtud recompensada, ya sea aquí o más allá. Estas estimo lo esencial de cada religión; y, al encontrarse en todas las religiones que teníamos en nuestro país, las respetaba a todas, aunque con diferentes grados de respeto, ya que las encontré más o menos mezcladas con otros artículos, que, sin ninguna tendencia a inspirar, promover, o confirmar la moralidad, servían principalmente para dividirnos, y hacernos antipáticos el uno con el otro. Este respeto a todos, con una opinión de que lo peor tuvo algunos buenos efectos, me indujo a evitar todo discurso que pudiera tender a disminuir la buena opinión que otro pudiera tener de su propia religión; y como nuestra provincia aumentaba en las personas, y se buscaban continuamente nuevos lugares de culto, y generalmente erigidos por contribuciones voluntarias, mi ácaro para tal fin, cualquiera que sea la secta, nunca fue rechazada.

Tho' rara vez asistía a algún culto público, todavía tenía una opinión de su propiedad, y de su utilidad cuando se realizaba correctamente, y regularmente pagaba mi suscripción anual por el apoyo del único ministro presbiteriano o reunión que teníamos en Filadelfia. Él nos gustaría visitarme a veces como amigo, y amonestarme para que asista a sus administraciones, y yo estaba de vez en cuando prevalecería para hacerlo, una vez por cinco domingos sucesivamente. Si hubiera sido en mi opinión un buen predicador, quizá podría haber continuado, a pesar de la ocasión que tuve para el ocio dominical en mi curso de estudio; pero sus discursos fueron principalmente argumentos polémicos, o explicaciones de las doctrinas peculiares de nuestra secta, y todos fueron para mí muy secos, poco interesantes, y poco edificante, ya que ni un solo principio moral fue inculcado o aplicado, su objetivo parecía ser más bien hacernos presbiterianos que buenos ciudadanos.

Ampliamente tomó para su texto ese versículo del capítulo cuarto de Filipenses: “Por último, hermanos, cualesquiera que sean las cosas verdaderas, honestas, justas, puras, encantadoras, o de buen informe, si hay alguna virtud, o alguna alabanza, piensen en estas

cosas". E imagin'd, en un sermón sobre tal texto, no podíamos faltar de tener algo de moralidad. Pero se confinó a cinco puntos solamente, como quiso decir el apóstol, a saber: 1. Manteniendo santo el día de reposo. 2. Ser diligente en la lectura de las sagradas Escrituras. 3. Asistir debidamente al culto público. 4. Participar del Sacramento. 5. Prestar el debido respeto a los ministros de Dios. Estas podrían ser todas cosas buenas; pero, como no eran el tipo de cosas buenas que esperaba de ese texto, me desesperé de encontrarme alguna vez con ellos de cualquier otro, me disgustó, y no asistí más a su predicación. Tenía algunos años antes compos un poco de Liturgia, o forma de oración, para mi propio uso privado (es decir, en 1728), titulado, Artículos de Creencia y Hechos de Religión. Vuelvo al uso de esto, y no fui más a las asambleas públicas. Mi conducta podría ser culpable, pero la dejo, sin intentar más excusarla; mi presente propósito es relatar hechos, y no pedir disculpas por ellos.

Fue por esta vez que concibí el audaz y arduo proyecto de llegar a la perfección moral. Desearía vivir sin cometer ninguna falta en ningún momento; conquistaría todo lo que ya sea la inclinación natural, la costumbre o la compañía puedan llevarme a. Como sabía, o pensé que sabía, lo que estaba bien y lo que estaba mal, no vi por qué no siempre podía hacer el uno y evitar el otro. Pero pronto descubrí que había emprendido una tarea de más dificultad de la que me había imaginado. Si bien mi cuidado estaba empleado para proteger contra una falla, a menudo me sorprendía otra; el hábito aprovechaba la falta de atención; la inclinación a veces era demasiado fuerte por la razón. Concluí, largamente, que la mera convicción especulativa de que era nuestro interés ser completamente virtuosos, no era suficiente para evitar nuestro deslizamiento; y que se deben romper los hábitos contrarios, y adquirir y establecer los buenos, antes de que podamos tener alguna dependencia de una rectitud constante y uniforme de conducta. Para ello, por lo tanto, inventé el siguiente método.

En las diversas enumeraciones de las virtudes morales con las que me había encontrado en mi lectura, encontré el catálogo más o menos numeroso, ya que diferentes escritores incluían más o menos ideas bajo el mismo nombre. La templanza, por ejemplo, fue por algunos confinada a comer y beber, mientras que por otros se extendió para significar la moderación de cada otro placer, apetito, inclinación, o pasión, corporal o mental, incluso a nuestra avaricia y ambición. Me propongo, en aras de la claridad, usar más nombres, con menos ideas anexadas a cada uno, que unos pocos nombres con más ideas; e incluí bajo trece nombres de virtudes todo lo que en ese momento me ocurría como necesario o deseable, y anexé a cada uno un precepto corto, que expresaba plenamente la medida que le di a su significado.

Estos nombres de virtudes, con sus preceptos, fueron:

1. Templanza. No coma a la opacidad; no beba a la elevación.
2. Silencio. No hables sino lo que pueda beneficiar a otros o a ti mismo; evita conversaciones insignificantes.
3. Orden. Deja que todas tus cosas tengan su lugar; deja que cada parte de tu negocio tenga su tiempo.
4. Resolución. Resuelve realizar lo que debes; realizar sin falta lo que resuelvas.
5. Frugalidad. No gastes más que hacer el bien a los demás o a ti mismo; es decir, no desperdiciar nada.
6. Industria. No pierdas tiempo; estar siempre empleado'd en algo útil; cortar todas las acciones innecesarias.
7. Sinceridad. No uses engaño hiriente; piensa inocente y justamente, y, si hablas, habla en consecuencia.
8. Justicia. Mal ninguno haciendo lesiones, u omitiendo los beneficios que son su deber.
9. Moderación. Evita los extremos; evita las lesiones resentidas tanto como creas que se merecen.
10. Limpieza. 84 No tolera ninguna suciedad en el cuerpo, las telas o la habitación.
11. Tranquilidad. No se moleste por bagatelas, ni en accidentes comunes o inevitables.
12. Castidad. Rara vez usan venería pero para la salud o la descendencia, nunca a la opacidad, debilidad, o la lesión de su propia paz o reputación de otra persona.
13. La humildad. Imitar a Jesús y Sócrates.

Mi intención es adquirir la habitualidad de todas estas virtudes, juzgo que estaría bien no distraer mi atención intentando el conjunto a la vez, sino arreglarlo en una de ellas a la vez; y, cuando debería ser dueño de eso, entonces proceder a otra, y así sucesivamente, hasta que debería haber ido a través de los trece; y, como la adquisición previa de algunos podría facilitar la adquisición de algunos otros, los arrang con esa visión, tal y como están arriba. La templanza primero, ya que tiende a procurar esa frescura y claridad de cabeza, que es tan necesaria donde se debía mantener la vigilancia constante, y la guardia mantenida contra la incesante atracción de los hábitos antiguos, y la fuerza de las tentaciones perpetuas. Siendo esto aquir y establecer'd, el silencio sería más fácil; y mi deseo de ser adquirir conocimiento al mismo tiempo que improviso en virtud, y considerando que en la conversación se obtenía preferiría por el uso de los oídos que de la lengua, y por lo tanto deseando romper un hábito en el que me estaba metiendo traqueteo, punteo y broma, lo que sólo me hizo aceptable a la compañía insignificante, le di a Silence el segundo lugar. Esto y lo siguiente, Orden, esperaba que me permitiera más tiempo para atender mi proyecto y mis estudios. La resolución, una vez que se hizo habitual, me mantendría firme en mis esfuerzos por obtener todas las virtudes posteriores; la frugalidad y la

industria liberándome de mi deuda restante, y produciendo riqueza e independencia, facilitaría más la práctica de Sinceridad y Justicia, etc., etc., etc. Concebir entonces, eso, agradablemente a el consejo de Pitágoras en sus Versos de Oro, el examen diario sería necesario, inventé el siguiente método para realizar ese examen.

Yo hice un librito, en el que asigné una página para cada una de las virtudes. Yo rul cada página con tinta roja, para tener siete columnas, una para cada día de la semana, marcando cada columna con una letra para el día. Cruzo estas columnas con trece líneas rojas, marcando el inicio de cada línea con la primera letra de una de las virtudes, en qué línea, y en su columna propiamente dicha, podría marcar, por una pequeña mancha negra, cada falla que encontré al examinar que se había cometido respetando esa virtud en ese día.

Form of the pages.

TEMPERANCE.							
EAT NOT TO DULNESS; DRINK NOT TO ELEVATION.							
	S.	M.	T.	W.	T.	F.	S.
T.							
S.	•	•		•		•	
O.	••	•	•		•	•	•
R.			•			•	
F.		•			•		
I.			•				
S.							
J.							
M.							
C.							
T.							
C.							
H.							

Decidí darle una semana de atención estricta a cada una de las virtudes sucesivamente. Así, en la primera semana, mi gran guardia fue para evitar cada una de las ofensas menores contra la Templanza, dejando las otras virtudes a su oportunidad ordinaria, solo marcando cada tarde las faltas del día. Así, si en la primera semana pudiera mantener mi primera línea, marcada T, despejada de manchas, supongo que el hábito de esa virtud tanto fortalecería, y su opuesto se debilitaría, que podría aventurarme a extender mi atención para incluir la siguiente, y para la semana siguiente mantener ambas líneas alejadas de manchas. Procediendo así a la última, podría ir a través de un curso completado en trece semanas, y cuatro cursos en un año. Y como el que, al tener un jardín para desyerbar, no intenta erradicar todas las malas hierbas a la vez, lo que sobrepasaría su alcance y su fuerza, sino que trabaja en una de las camas a la vez, y, habiendo logrado la primera, procede a un segundo, así que debería tener, esperaba, el placer alentador de ver en mi páginas el progreso que hice en virtud, al limpiar sucesivamente mis líneas de sus manchas, hasta que al final, por una serie de cursos, debería estar feliz al ver un libro limpio, después de un examen diario de trece semanas.

Este mi librito tenía por lema estas líneas de Cato de Addison:

“Aquí voy a sostener. Si hay un poder por encima de nosotros
 (Y eso hay, toda la naturaleza llora en voz alta
 Thro' todas sus obras), Él debe deleitarse en la virtud;
 Y aquello en lo que se deleita debe ser feliz”.

Otro de Cicerón,

“¡O vitæ Philosophia dux! O virtutum indagatrix expultrixque vitiorum!
 Muere Unum, bene et ex præceptis tuis actus, peccanti immortalitati est anteponeendus.”

Otro de los Proverbios de Salomón, hablando de sabiduría o virtud:

“La duración de los días está en su mano derecha, y en su mano izquierda riquezas y honor.
 Sus caminos son caminos de amabilidad, y todos sus caminos son paz”. iii. 16, 17.

Y concebido a Dios como fuente de sabiduría, me pareció correcto y necesario solicitar su auxilio para obtenerla; para ello formé la siguiente oracita, que era prefijo a mis mesas de examen, para uso diario.

“¡Oh, poderosa bondad! ¡Padre generoso! ¡Guía misericordioso! Incrementa en mí
 esa sabiduría que descubre mi verdadero interés. Fortalecer mis resoluciones

para realizar lo que dicta esa sabiduría. Acepta mis amables oficios a tus otros hijos como el único retorno en mi poder por tus continuos favores para mí”.

También usé a veces una pequeña oración que tomé de Thomson's Poems, a saber:

“¡Padre de la luz y de la vida, tú Buen Supremo!
 ¡Enséñame lo que es bueno; enséñame tú mismo!
 Sálvame de la locura, la vanidad y el vicio,
 De toda búsqueda baja; y llene mi alma
 De conocimiento, paz consciente y virtud pura; ¡dicha
 sagrada, sustancial, que nunca se desvanece!”

El precepto de Orden que exige que cada parte de mi negocio tenga su tiempo asignado, una página en mi librito contendría el siguiente esquema de empleo para las veinticuatro horas de un día natural:

The Morning. Question. What good shall I do this day?	5	Rise, wash, and address
	6	<i>Powerful Goodness!</i> Contrive
	7	day's business, and take the resolution of the day; prosecute the present study, and breakfast.
	8	Work.
	9	
	10	
	11	
	11	
Noon.	12	Read, or overlook my accounts, and dine.
	1	Work.
	2	
	3	
	4	
	5	
Evening. Question. What good have I done to-day?	6	Put things in their places.
	7	Supper. Music or diversion, or conversation. Examination of the day.
	8	
	9	
Night.	10	Sleep.
	11	
	12	
	1	
	2	
	3	
	4	
	4	

Entré en la ejecución de este plan de autoexamen, y lo continué con ocasionales entretenimientos durante algún tiempo. Me sorprendió encontrarme mucho más lleno de faltas de lo que había imaginado; pero tuve la satisfacción de verlas disminuir. Para evitar la molestia de renovar de vez en cuando mi librito, que al raspar las marcas en el papel de viejas faltas para dejar espacio a nuevas en un nuevo curso, se llenó de agujeros, transferí mis mesas y preceptos a las hojas de marfil de un libro memorándum, en el que se dibujaban las líneas con tinta roja, eso hizo una mancha duradera, y en esas líneas marqué mis faltas con un lápiz negro-plomo, que marca fácilmente podría limpiar con una esponja húmeda. Después de un tiempo pasé por un curso sólo en un año, y después sólo uno en varios años, hasta que por fin los omita por completo, siendo empleado en viajes y negocios en el extranjero, con una multiplicidad de asuntos que interfirieron; pero siempre llevé mi librito conmigo.

Mi esquema de ORDEN me dio el mayor problema; y encontré que, aunque podría ser practicable donde el negocio de un hombre era tal que le dejara la disposición de su tiempo, la de un impresor oficial, por ejemplo, no era posible ser observado exactamente por un maestro, que debía mezclarse con el mundo, y muchas veces recibir a las personas de negocios a su propio horario. Orden, también, con respecto a lugares para cosas, papeles, etc., me resultó extremadamente difícil de adquirir. No me había acostumbrado temprano a ello, y, teniendo una memoria muy buena, no era tan sensata de las molestias atendiendo falta de método. Este artículo, por lo tanto, me costó mucha atención dolorosa, y mis faltas en él me molestaron tanto, e hice tan poco progreso en la enmienda, y tuve tan frecuentes recaídas, que estaba casi listo para renunciar al intento, y contentarme con un carácter defectuoso en ese sentido, como el hombre que, al comprar un hacha de herrero, mi vecino, deseaba tener toda su superficie tan brillante como el borde. El herrero consintió en molerlo brillante para él si giraba la rueda; giraba, mientras que el herrero presionaba la cara ancha del hacha dura y pesadamente sobre la piedra, lo que hizo que el giro de la misma fuera muy fatigante. El hombre venía de vez en cuando de la rueda para ver cómo iba la obra, y largamente tomaría su hacha como estaba, sin más rectificar. —No —dijo el herrero—, enciende, enciende; la tendremos brillante de paso y de paso; hasta ahora, sólo está moteada”. “Sí”, dijo el hombre, “pero creo que más me gusta un hacha moteada”. Y creo que este pudo haber sido el caso de muchos, que al tener, por falta de algunos medios como yo empleo'd, encontraron la dificultad de obtener buenos y romper malos hábitos en otros puntos de vicio y

virtud, han renunciado a la lucha, y concluyeron que “un hacha moteada era lo mejor”; para algo, que pretendía ser razón, de vez en cuando me estaba sugiriendo que tal delicadeza extrema como me exigaba a mí mismo podría ser una especie de floxia en la moral, lo que, de conocerse, me haría ridículo; que un personaje perfecto pudiera ser atendido con el inconveniente de ser envidiado y odiado; y que un hombre benevolente debería permitir algunas faltas en sí mismo, para mantener a sus amigos en semblante.

En verdad, me encontré incorregible con respecto al Orden; y ahora envejezco, y mi memoria mala, siento muy sensatamente la falta del mismo. Pero, en general, aquello' nunca llegué a la perfección que había sido tan ambiciosa de obtener, pero me quedé muy por debajo de ella, sin embargo, fui, por el empeño, un hombre mejor y más feliz de lo que de otro modo debería haber sido si no lo hubiera intentado; como aquellos que apuntan a una escritura perfecta imitando las copias grabadas, tho' nunca alcanzan el deseo de excelencia de esos ejemplares, su mano es reparada por el empeño, y es tolerable mientras sigue siendo justa y legible.

Bien puede ser que se informe a mi posteridad que a este pequeño artificio, con la bendición de Dios, su antepasado oía la felicidad constante de su vida, hasta su 79 año, en el que esto está escrito. Lo que los inviernos puedan asistir al resto está en la mano de la Providencia; pero, si llegan, la reflexión sobre la felicidad pasada gozar'd debería ayudar a que los lleve con más resignación. A la templanza le atribuye su salud largamente continuada, y lo que aún le queda de buena constitución; a Industria y Frugalidad, la facilidad temprana de sus circunstancias y adquisición de su fortuna, con todo ese conocimiento que le permitió ser un ciudadano útil, y obtuvo para él algún grado de reputación entre los sabios; a la Sinceridad y a la Justicia, la confianza de su país, y el honorable la emplea que le confirió; y a la influencia conjunta de toda la masa de las virtudes, incluso en el estado imperfecto pudo adquirirlas, toda esa uniformidad de temperamento, y esa alegría en conversación, lo que hace que su compañía siga buscada, y agradable incluso para su conocido más joven. Espero, pues, que algunos de mis descendientes sigan el ejemplo y cosechen el beneficio.

Se observará que, aunque mi esquema no estaba totalmente exento de religión, no había en él ninguna marca de ninguno de los principios distintivos de ninguna secta en particular. Yo los había evitado a propósito; pues, estando plenamente persuadido de la utilidad y excelencia de mi método, y que pudiera ser útil para personas de todas las religiones, y pretendiendo algún tiempo u otro publicarlo, no tendría nada en él que debiera perjudicar a ninguna, de ninguna secta, contra ella. Me propuse escribir un pequeño comentario sobre cada virtud, en la que hubiera mostrado las ventajas de poseerla, y las travesuras atendiendo su vicio opuesto; y debería haber llamado a mi libro El arte de la virtud, porque habría mostrado los medios y la manera de obtener la virtud, lo que habría distinguido es desde la mera exhortación a ser buenos, que no instruye e indica los medios, sino que es como el hombre de caridad verbal del apóstol, que sólo sin mostrar a los desnudos y hambrientos cómo o dónde podrían conseguir ropa o víveres, los exhortó a ser alimentados y vestidos. —Santiago ii. 15, 16.

Pero sucedió que mi intención de escribir y publicar este comentario nunca se cumplió. Yo hice, efectivamente, de vez en cuando, ponía breves indicios de los sentimientos, razonamientos, etc., para ser aprovechados en él, algunos de los cuales aún tengo por mí; pero la atención necesaria a los negocios privados en la primera parte de mi vida, y los negocios públicos desde entonces, han ocasionado mi aplazamiento; pues, siendo conectado en mi mente con un gran y extenso proyecto, que requirió que todo el hombre ejecutara, y que una sucesión imprevista de empleos impidió que me atiende, hasta ahora ha permanecido inacabado'd.

En esta pieza fue mi designio explicar y hacer cumplir esta doctrina, que las acciones viciosas no son hirientes porque están prohibidas, sino prohibidas porque son hirientes, la naturaleza del hombre sola consideró; que era, por tanto, el interés de cada uno ser virtuosos que desearan ser felices incluso en este mundo; y yo debería, a partir de esta circunstancia (habiendo siempre en el mundo una serie de ricos comerciantes, nobleza, estados y príncipes, que tienen necesidad de instrumentos honestos para la gestión de sus asuntos, y siendo tal tan raro), se han esforzado por convencer a los jóvenes de que ninguna cualidad era tan probable que hiciera un la fortuna del pobre como las de probidad e integridad.

Mi lista de virtudes contiene al principio pero doce; pero un amigo cuáquero que me ha informado amablemente que generalmente se me consideraba orgulloso; que mi orgullo se mostraba frecuentemente en la conversación; que no estaba contento con estar en lo correcto al discutir cualquier punto, sino que era autoritario, y bastante insolente, de lo cual me convinc mencionando varias instancias; determiné esforzarme por curarme, si pudiera, de este vicio o locura entre los demás, y agregué Humildad a mi lista, dándole un amplio significado a la palabra.

No puedo presumir de mucho éxito en adquirir la realidad de esta virtud, pero tuve un buen trato con respecto a la apariencia de la misma. Yo hice una regla para tolerar toda contradicción directa con los sentimientos de los demás, y toda afirmación positiva de los míos. Incluso me prohíbo, agradablemente a las viejas leyes de nuestro Junto, el uso de cada palabra o expresión en el lenguaje que importaba una opinión fija, como ciertamente, indudablemente, etc., y adopté, en lugar de ellas, concibo, aprehendo, o imagino que algo es así o así; o me parece que en la actualidad así me parece. Cuando otro afirmaba algo que yo pensaba un error, me niego a mí mismo el placer de contradecirlo abruptamente, y de mostrar de inmediato algo absurdo en su proposición; y al contestar

empecé observando que en ciertos casos o circunstancias su opinión sería correcta, pero en el presente caso ahí aparecería o me parecería alguna diferencia, etc. Pronto encontré la ventaja de este cambio en mi manera; las conversaciones en las que me involucré continuaron más gratamente. La modesta manera en que propongo mis opiniones les procuraba una recepción más lista y menos contradicción; tuve menos mortificación cuando me encontraron que estaba equivocado, y más fácilmente prevalecería con los demás para que renunciaran a sus errores y se unieran a mí cuando pasaba que estaba en la derecha.

Y esta modalidad, que al principio me puse con cierta violencia a la inclinación natural, se volvió largamente tan fácil, y tan habitual para mí, que quizás por estos cincuenta años pasados nadie ha escuchado jamás escapar de mí una expresión dogmática. Y a este hábito (después de mi carácter de integridad) pienso que se debe principalmente a que tenía temprano tanto peso con mis conciudadanos cuando propuse nuevas instituciones, o alteraciones en lo viejo, y tanta influencia en los consejos públicos cuando me hice miembro; porque no era más que un mal orador, nunca elocuente, sujeto a mucha vacilación en mi elección de palabras, apenas correcto en el lenguaje, y sin embargo generalmente llevé mis puntos.

En realidad, no hay, quizás, ninguna de nuestras pasiones naturales tan difíciles de someter como el orgullo. Disfrútala, lucha con ella, golpearla, ahogarla, mortificarla tanto como a uno le plazca, sigue viva, y de vez en cuando se asomará y se mostrará; la verás, quizás, a menudo en esta historia; porque, aunque pudiera concebir que la había superado por completo, probablemente debería estar orgullosa de mi humildad.

[Hasta ahora escrito en Passy, 1784.]

3.3.4: La autobiografía de Benjamin Franklin is shared under a [not declared](#) license and was authored, remixed, and/or curated by LibreTexts.